



José Luis Salcedo Bastardo

BOLÍVAR: UN HOMBRE DIÁFANO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

José Luis Salcedo Bastardo Historiador, diplomático y profesor universitario nacido en Carúpano en 1926. Desempeñó destacados cargos públicos como senador, ministro y embajador de Venezuela en varios países. Fue miembro de la Academia Venezolana de la Lengua y de la Academia Nacional de Historia. Entre sus reconocimientos se destaca el Premio Nacional de Literatura en 1973. Algunas de sus obras son: *Historia fundamental de Venezuela* (1970), *Miranda 1781-1981, doscientos años de trabajo por la libertad y por América* (1981) y *Latinoamérica, razón y meta* (1983). Murió en Caracas en 2005.

« *Matrimonio de Simón Bolívar* »

Tito Salas, 1921

Casa Natal del Libertador, Caracas



Bolívar: un hombre diáfano

JOSÉ LUIS SALCEDO BASTARDO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la Batalla de Carabobo.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO Carabobo** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas en contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nájuez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Bolívar: un hombre diáfano

JOSÉ LUIS SALCEDO BASTARDO



Índice

- 13 ¿Por qué Bolívar?
- 15 Así era antes...
- 18 Abierto a la total curiosidad
- 22 Sentir la Patria
- 25 Por todos los caminos rumbo a Roma
- 29 Se acerca la Independencia
- 35 Altibajo republicano
- 38 Otra vez al combate
- 41 Victoria, voluntad y carácter
- 45 Los elementos para la guerra y la paz
- 47 Un oficio difícil pero glorioso
- 51 Tierras para el pueblo
- 55 Todos hermanos e iguales
- 58 El servidor de la nación
- 62 El campeón de la unidad
- 65 El magisterio americano
- 67 Arriba, siempre al frente
- 76 Piloto en la tempestad
- 80 He trabajado con desinterés
- 83 Por eso Bolívar

“Mi sinceridad es tal que me conceptúo criminal en todo aquello que reservo. Yo soy un hombre diáfano”.

SIMÓN BOLÍVAR.

Carta al General Andrés de Santa Cruz.

Lima, 11 de marzo de 1825.

Un hombre diáfano, es el que dice lo que siente y actúa con honradez. El que no oculta ni disimula su pensamiento. Un hombre diáfano es el que procede siempre conforme a sus principios, públicamente, a la vista de todos.

La diafanidad es la transparencia. La palabra se usa originalmente aplicada a la atmósfera, al espacio abierto: el aire diáfano es limpio, claro, terso, transparente.

Bolívar dijo de sí mismo que él era *un hombre diáfano*. Él se sabía sincero. Pensaba que su acción política, su desempeño militar, su obra intelectual, su vida íntegra al servicio de la libertad de América, tenía la meridiana limpidez del cristal puro y pleno de luz.

En este libro se narra la vida de Simón Bolívar. Él fue patriota, trabajador, valiente y generoso. Poseyó una inteligencia singular. Supo escribir con elegancia y exponer de manera brillante sus ideas. Él fue un hombre como son todos los hombres, tenía sus virtudes, limitaciones y defectos, pero por la verdad de su causa él ocupa en la historia el lugar de un héroe superior. Su significación crece con los siglos.

Aquí vamos a conocer a Bolívar, siguiendo el curso de su existencia: desde cuando nació y era un niño corriente; luego en el difícil tiempo de alcanzar la gloria máxima —la cual para él se resumía en el título fulgurante de *Libertador*, igual que en el discreto y modesto de *Buen Ciudadano*—; por último, su muerte que fue como empezar a vivir para la eternidad.

Bolívar vive para siempre en la sencilla y permanente lección de su ejemplo. Su solo nombre es como un mensaje y una bandera, una consigna estimulante y entusiasta, una presencia augusta, luminosa, cristalina: él fue *un hombre diáfano*.

Caracas, 19 de junio de 1976

¿Por qué Bolívar?

Alto en el cielo brilla *una estrella*, descubierta en 1911, situada justo a mitad de la distancia entre el *Sol y Júpiter*. Es la estrella *Bolívar*. Así la bautizó su afortunado descubridor, el astrónomo francés *Flammarion*.

En la tierra, distintos lugares llevan el mismo nombre: *Bolívar*. De este modo se conocen un condado y varias ciudades de los *Estados Unidos*, y no pocas otras —además de diversos departamentos o provincias— desde allá hasta *Argentina*, pasando por la América Central y por toda la América del Sur.

Bolivia, una bella y altiva República con ricas minas de plata y estaño —cuyas cumbres de vicuñas y cóndores, coronadas de eterna nieve, parecieran besar el firmamento— nació, a la Independencia, orgullosa de su apelativo derivado del insigne caraqueño.

La mayor elevación de Venezuela—5.007 metros sobre el nivel del mar—, cumbre máxima de este suelo bendecido por la Providencia, es: *el Pico Bolívar*. De similar manera: Bolívar, se llama el más extenso *Estado* de la Unión venezolana —donde está afincada la gran industria nacional siderúrgica e hidroeléctrica— y su pujante capital: *Ciudad Bolívar*. Muy cerca de ésta se halla un importante macizo de hierro casi puro —famoso en el mundo—: *Cerro Bolívar*.

Cada año en torno al 15 de febrero —*Día del Discurso de Angostura*— celébrase en todas las escuelas, liceos y centros de enseñanza venezolanos, la *Semana de Estudios Bolivarianos*. En el auditorium y las aulas de cada plantel, en sus carteleras y a través de los distintos medios de publicidad, maestros, profesores e invitados especiales, hablan con vivo encomio del *Libertador*.

Abundan los distritos, municipios, caseríos y barrios, llamados *Bolívar*. En las poblaciones venezolanas —igual que en los países hermanos de *Colombia*, *Ecuador*, *Perú*, *Bolivia* y *Panamá*, por todos y cada uno de los cuales él es reconocido como *Padre de la Patria*— generalmente la calle o avenida principal se honra con su nombre, y en muchas de aquéllas hay una plaza central con su estatua.

En *Caracas*, la *Casa Natal* de Simón Bolívar, la *Cuadra* de recreo de su familia y el *Panteón* que guarda sus restos sagrados, son recintos abiertos a la reverencia patriótica, muy visitados, sobre todo, durante los días de las grandes conmemoraciones nacionales. Los inmuebles que alguna vez ocupó, así en *Bogotá* como en *Trujillo*, *Lima*, *Cuzco*, *Pativilca* y otros sitios, en particular la Quinta de *San Pedro Alejandrino* —en *Santa Marta*— donde exhaló el postrer suspiro, son santuarios para el reencuentro con la historia. En los museos se conservan como reliquias venerables los objetos que a él pertenecieron.

Una moderna universidad caraqueña, construida entre hermosos jardines, plena de juventud responsable, es la *Universidad Simón Bolívar*. Idéntica designación ostenta una unidad académica — la *Cátedra Simón Bolívar*— para el servicio de la cultura americana, que funciona en Inglaterra, dentro de la antigua y prestigiosa Universidad de Cambridge.

Monumentos erigidos a la gloria de Bolívar los hay en las primeras metrópolis del hemisferio occidental: *París*, *Roma*, *Londres*, *Buenos Aires*, *Washington*, *Madrid*, *Lima*, *Nueva York*, *Quito*, *México*... Comúnmente lo representan montado en un espléndido corcel de bronce, con su capa al

viento, cabeza descubierta, vista lanzada al horizonte, reflexivo y enérgico, sereno en su grandeza.

Estadistas, soldados, artistas, políticos, obreros, pensadores, estudiantes, poetas y científicos, tienen a *Bolívar* como un permanente modelo de inspiración. El hombre y la mujer corrientes, todos cuantos saben de su vida, de sus ideas y sus acciones, lo sienten como un maestro esclarecido, humano y siempre alerta. Como un guía para el presente y el porvenir. En himnos marciales, en coplas del pueblo, y hasta en una ópera intitulada “*Simón Bolívar*”, se cantan sus proezas y se exalta la romántica dimensión de su existencia.

¿Por qué se le recuerda tanto? ¿Quién fue él? ¿Qué hizo? ¿Qué significa?

Así era antes...

Allá por los tiempos anteriores a Bolívar, los venezolanos —y, en general, los americanos— no mandaban en su tierra. No tenían propiamente una *Nación*. No representaban a su país ante los otros países. No hacían sus leyes. No eran jueces en sus asuntos. Todas esas funciones públicas eran impedidas hasta a los blancos criollos y, más aún, desde luego, a quienes no eran blancos.

En América había, además de las diferencias basadas en el origen social y en el color de la piel, otras muchas injusticias. Existía la *esclavitud*, es decir, hombres, mujeres y niños eran vendidos y tratados como si fueran bestias de trabajo. Durante el *colonialismo* —que así se llama la etapa de la dominación de los reyes de España en América— no había derecho a la libre expresión: no se podía decir, escribir ni publicar lo que se quisiera. No era permitido ir de una provincia a otra, ni de un pueblo a otro, como se viaja hoy, libremente, sino que debía obtenerse un permiso previo del rey. Hasta para casarse era necesaria esa autorización.

No había en Venezuela ni en América escuelas, múltiples y gratuitas, como las hay ahora; ni circulaban, como es usual en este tiempo, los libros

y periódicos sin ninguna restricción. La *ignorancia* y el *analfabetismo* estaban muy extendidos. Cierta vez un mulato fue castigado —en Catamarca— con veinticinco latigazos, que le propinaron en la plaza pública, por haberse descubierto que sabía leer y escribir. En nuestros días se le habría dado un premio, sobre todo, considerando que aprendió por su cuenta; en aquella época se le azotaba con crueldad.

Cuando Bolívar nació —en 1783— toda esta *América nuestra*, formada hoy por *dieciocho repúblicas*, era una propiedad de los reyes hispánicos. Ni los venezolanos, ni los mexicanos, ni los argentinos, ni ninguno de los nacidos en América podían ser gobernantes en sus respectivos países, ni disponer lo que estimaren conveniente para sus pueblos. La decisión en todo correspondía a los monarcas españoles. América era una colonia; sometida y subordinada a la voluntad de los reyes radicados, del otro lado del Atlántico, en Europa.

En aquellos tiempos del nacimiento de Bolívar, la riqueza estaba mal distribuida. Había un grupo de gente acaudalada, pero la gran mayoría era muy pobre. Los ricos vivían con lujo y comodidad, a expensas del trabajo de sus esclavos y sirvientes; eran dueños de tierras —haciendas y vastos cultivos— y de las mansiones en las ciudades de entonces.

La parte más numerosa de la población venezolana, para aquella época, estaba compuesta por los *pardos* (esa era la palabra para designar a los que habían nacido del mestizaje o combinación de indios, negros y españoles).

Los pardos, que formaban la mayoría de los venezolanos —más de 400.000 sobre los 800.000 habitantes que a la sazón tenía Venezuela—, eran discriminados y excluidos, tratados como seres inferiores, incluso por sus compatriotas los *criollos* o *mantuanos*. Criollos o mantuanos eran los blancos hijos de españoles, a su vez subalternos de los *peninsulares* o españoles recién venidos a América. Baste recordar que los pardos no podían desempeñar las profesiones que fueran de su gusto o inclinación. No había ni una sola escuela para ellos. No podían ingresar a la Universidad, ni

tampoco entrar al Seminario para ser sacerdotes. En la milicia de segunda categoría —Batallones de Pardos— que se les reservaba, no podían pasar del grado de Capitán. Ni siquiera porteros podían llegar a ser en el tribunal mayor de Caracas que se llamaba Real Audiencia. A los pardos les tocaban los oficios desagradables y los humildes: entonces se despreciaba a los artesanos y a todo el que trabajaba con sus manos.

La situación de los *negros* era peor. Casi todos los negros eran esclavos. En principio, sus abuelos, sus padres o ellos mismos habían sido arrancados violentamente de su África nativa; se los vendía, compraba y alquilaba como animales. Se les castigaba con perversidad. A capricho del “amo”, se les podía cortar una mano, una oreja, la nariz, etc. Para reconocerlos eran marcados con hierros encendidos que dejaban en el rostro, la espalda o los brazos, dolorosas llagas y luego horribles cicatrices.

Los negros no podían montar a caballo, porque las ordenanzas coloniales lo prohibían. No podían bañarse en los ríos que Dios ha dado para disfrute de todos los seres de la creación. No podían tener oro en su poder, ni aunque les fuera regalado, pues se presumía que todo objeto de valor que se les hallara había sido robado.

Los *indios*, por su parte, tenían que pagar “*tributo*” y servir gratuitamente a los encomenderos españoles—personajes que supuestamente debían protegerlos dentro del sistema explotador llamado de la *Encomienda*—. Una considerable cantidad de indígenas murió en la larga guerra por la defensa de su libertad, resistiendo bravamente contra el dominio que se les quiso imponer, y que al fin, por la fuerza, prevaleció.

La sociedad venezolana —como la del resto de América— formada en los trescientos años de la Colonia (siglos XVI, XVII y XVIII) era, por tanto, una sociedad oprimida, injusta y desigualitaria. Esa fue la que Bolívar conoció en su infancia. Él se iba a empeñar, más adelante, cuando fuera hombre crecido, en cambiar toda esa situación. Bolívar se esforzó por fundar la *libertad* donde había tiranía. Se consagró a abrir escuelas y centros

del saber donde imperaba la ignorancia. Combatió a favor de la *justicia* donde estaba la injusticia, y estableció la *igualdad* donde campeaba la más irritante desigualdad. Estos ideales de Independencia, Libertad, Educación, Justicia, Igualdad, Democracia, fueron los que inspiraron a Simón Bolívar. Por todo eso luchó él con abnegación, con verdadero desprendimiento, con talento y con coraje. Por eso es grande e inmortal.

Bolívar es el Libertador, dio la Independencia. Se consagró a servir no sólo a Venezuela —su país natal— sino también a la *América Latina* que él entendía como una sustancial *unidad*. Seis naciones: *Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Panamá y Venezuela*, son libres y soberanas, gracias a los generosos y heroicos esfuerzos suyos y a las campañas que él dirigió. Otras patrias: *Costa Rica, República Dominicana, Cuba y Puerto Rico*, quisieron asociarse a su empresa de libertad o fueron incluidas en sus proyectos de redención continental. Somos independientes y dueños de nuestro destino, gracias a su sacrificio incluso corporal pues, en tantas y tan arriesgadas diligencias, su salud se arruinó y murió joven.

El hombre valeroso que se dedica a hacer bien y a buscar la gloria, a destruir lo negativo, a servir a sus semejantes, a dar felicidad y paz a su patria, es grande. Su fama crece y nunca se lo olvida.

Abierto a la total curiosidad

Dentro de sus misterios, la vida ofrece singulares coincidencias. El primer testimonio que existe, verdaderamente auténtico, sobre el carácter de Simón Bolívar se refiere a un incidente cuando él tenía *doce años*. Para entonces, ya habían muerto sus padres, el huérfano escapó de la casa del tutor y se refugió en la de su hermana *María Antonia*. Aparece en los documentos, que el tutor —Carlos Palacios— pidió a la autoridad judicial buscar al niño y traerlo a su domicilio, y que el menor se resistió alegando que él debía “*tener libertad*” para habitar en la casa del familiar que más quisiera.

Es interesante y significativo que cuando Simón Bolívar era un muchachito común, ya hablara de la *libertad*, que iba a ser el gran tema de su vida, hasta el punto de que la historia lo conocería sencilla y gloriosamente con el título de *Libertador*.

Simón Bolívar fue un niño como todos. Normal, bueno y vivaz. Simpático, inteligente y travieso. La infancia suya fue nublada por el dolor de la pérdida del padre cuando apenas contaba treinta meses, y por el fallecimiento de su madre antes de cumplir diez años.

La familia Bolívar, a la que él perteneció, figura en Venezuela desde 1589, cuando llegó aquí el primer individuo con ese apellido —también llamado *Simón*—. Eran de origen vasco, de una aldea pintoresca: *Puebla de Bolívar*, en la provincia de *Vizcaya, España*. Cruzáronse en América con gente mestiza y propia de acá. Era, al fin, una familia criolla, bien representativa del país.

Don *Juan Vicente* de Bolívar y Ponte casó con doña *María de la Concepción* Palacios y Blanco, y de ese matrimonio venezolano, además de Simón —que fue el cuarto hijo— nacieron: *María Antonia, Juana y Juan Vicente*. Después de Simón hubo una niña *María del Carmen* —quien vivió pocas horas—. Bolívar tuvo pues cuatro hermanos. El otro varón, Juan Vicente, que le sobrepasaba en dos años, murió ahogado en 1811. Sólo María Antonia y Juana vivirían para ver los triunfos y la extraordinaria proyección del hermano.

La madre de Bolívar procuró que sus hijos estudiaran y aprendieran lo más posible en aquella mínima Caracas. En su propia casa abrió para el mimado Simón una academia, a cargo del *Padre Andújar* —franciscano muy talentoso. Buscó al prometedor *Andrés Bello*, amigo y compañero de su hijo —apenas un par de años mayor— para que instruyera a éste en letras y geografía. Hubo otros preceptores. De todos fue *don Simón Rodríguez*, el más importante y más querido.

En la casa de Bolívar había una buena *biblioteca*. Para ese tiempo no era fácil —como sí lo es hoy— tener en un hogar particular muchos libros,

obras instructivas, agradables, llenas de ilustraciones. Esto resultaba costoso y no común. Mas don Juan Vicente Bolívar era persona culta y pudo reunir una colección de volúmenes que distraía y daba provecho a los hijos. Los niños observaban los preciosos impresos; hojeaban y leían los textos geográficos y narraciones; se interesaban en lo referente a los reinos de la naturaleza y en los cuentos que colmaban sus mentes de encanto y poesía. Así la imaginación de los chicos se nutría, y comenzaba a despertar en ellos una general curiosidad. Simón soñaba con recorrer distintos países; sobre todo ir a Europa y visitar España, donde tenía parientes muy cercanos. ¡Qué grande debía ser Madrid! ¡Cuántas cosas para admirar, contrastando con la pueblerina Caracas! ¡Cómo sería un viaje largo con muchos días viendo sólo mar y cielo? ¿Se asustaría en una tempestad?

No hubo continuidad sistemática en su formación. Esta resultó desarticulada, como era usual en la época; los planteles no tenían conexión entre sí, cada maestro enseñaba a su modo; no había planes ni programas uniformes.

Lo principal de cuanto Bolívar aprendió lo debió a sí mismo en el curso de su dinámica existencia. Fue un *autodidacta*, así se llama al que es maestro de sí; al que aprende por su propio esfuerzo. Lo cual no era raro en aquellos tiempos. Ahora la cuestión es diferente. Hoy existe la enseñanza en forma regular y escalonada: desde la preescolar, la primaria, luego la enseñanza media con todos sus tipos de diversificación, hasta finalmente la instrucción superior y los estudios de postgrado. Cuando Bolívar fue gobernante se dedicó a impulsar y organizar la educación. Insistió mucho para que los padres enviaran sus hijos a la escuela.

Bolívar sabía que para ser persona cabal y sobresaliente hay que estudiar sin descanso, leer, observar y pensar mucho. “*Un hombre sin estudios —decía— es un ser incompleto*”. Recomendaba aprender en la vida misma, aprender en la convivencia social y en la naturaleza. Su curiosidad era notable.

Sin esfuerzo persistente nada se hace en la vida. El carácter se forma sobre bases de seriedad y orden. El cumplimiento del deber es fuente de

satisfacciones. No sólo los adultos tienen deberes. Cada edad tiene los suyos. Los niños y los jóvenes tienen los deberes de estudiar, de cumplir sus tareas, de hacer deportes, cuidar del aseo personal, de comportarse correctamente, y sobre todo, de seguir las sanas orientaciones de los mayores a quienes siempre se debe respeto.

Es buen ejemplo la conducta de Bolívar —ya individuo crecido— hacia el ilustre patriota *don Fernando Peñalver*. Casi veinte años le llevaba este eminente ciudadano; el Libertador lo escuchaba con atención respetuosa y se guiaba con la sabiduría de tan magnífico amigo. En 1823, Bolívar escribió a Peñalver: “*Yo no olvido a usted nunca, porque usted es el mejor hombre, el mejor ciudadano y el mejor amigo. Jamás me olvidaré de los excelentes consejos que usted me ha dado en todo tiempo; consejos que he seguido con provecho y gloria. Me acuerdo que en el año de 1813, en medio de la victoria de nuestras armas, usted me aconsejaba como un Néstor: entonces sólo usted me dijo la verdad pura y limpia, sin la más pequeña mezcla de lisonja; los demás estaban deslumbrados con los rayos de mi fortuna; así, respetable amigo, usted es el más benemérito de mi corazón*”.

Bolívar nunca irrespetó a ninguna persona, ni maltrató ni puso en ridículo ni ofendió a nadie porque fuera torpe o inhábil. A sus subalternos los trataba con *dignidad*. Se dice que nunca dejaba de contestar una carta, así fuera muy insignificante quien le escribiese. Siempre fue cortés con la gente de edad. No mentía; era franco y sincero. Fue muy estimado, porque nunca engañó a nadie.

Movido por su gran curiosidad, Simón Bolívar *preguntaba mucho*. Los niños deben preguntar mucho para saber bastante. El diccionario, las enciclopedias, los libros, las revistas, los buenos programas de televisión, radio y cine, colman el afán juvenil de atesorar conocimientos. Los maestros y la gente instruida, incluso los compañeros de cursos más avanzados o de superior intelecto, ayudan en el mismo empeño.

Sentir la Patria

Si hubiera una máquina para hacer retroceder el tiempo, y si pudiéramos ver la *Villa de Santiago de León de Caracas* donde nació Simón Bolívar el 24 de Julio de 1783, nos sorprendería la diferencia con la pujante metrópoli —de más de cuatro millones de habitantes— llamada hoy simplemente *Caracas*, cabeza y eje de una nación moderna y en constante progreso.

Fue fundada la ciudad en un fértil y estrecho valle, cruzado por el río *Guaire* y por numerosas quebradas que bajaban del empinado cerro del *Ávila*, como eran Catuche, Anauco, Gamboa. Esa hermosa montaña, ubicada al norte de la ciudad, antiguamente la llamaban los indios, a su modo, *Guaraira Repano*. Sus calles rectas, sus casas blancas y bajas de techos rojos, sus jardines y huertos, sus iglesias, conventos y plaza, componían un conjunto armonioso. Su clima, sobre todo, era muy elogiado. Nunca había calor sofocante ni frío intenso; se decía que allí moraba de modo continuo la primavera, todo el año transcurría fresco y florido.

En sus primeros tiempos, Caracas fue sólo la capital de la *provincia de Venezuela*. No existía aún la República de este nombre; en su lugar había seis provincias: ésta de *Venezuela o Caracas* era la mayor, y las otras: *Cumaná, Margarita, Trinidad, Guayana y Maracaibo*. De éstas resultarían más tarde otras entidades regionales: Mérida, Barinas, Trujillo, Coro, Barcelona. Durante mucho tiempo las provincias vivieron sueltas, con muy escasa relación entre sí.

Fue entre 1776 y 1786, justamente, cuando se dispuso agrupar a esa media docena de comarcas provinciales en la *unidad venezolana*. Para la integración aparecieron sucesivamente los organismos de la unidad: la Intendencia de Ejército y Real Hacienda, la Capitanía General, la Real Audiencia, el Real Consulado, que eran únicos y válidos para todo el país. Así, a finales del siglo XVIII, desde Caracas se empezó a gobernar a Venezuela toda entera. La autoridad del *Intendente*, del *Capitán General*, del *Presidente de la Audiencia* o del *Real Consulado*, cubría —en la respectiva materia de su especialidad— a todas las provincias a la vez y por igual.

En aquella minúscula Caracas las distracciones de los niños—y también de los adultos—eran escasas. Consistían principalmente en las ceremonias religiosas y las representaciones teatrales. La gente paseaba por la villa y hacía excursiones a las haciendas y burgos cercanos. La existencia transcurría rutinaria y monótona. De vez en cuando, algún acontecimiento turbaba la calma.

Recién cumplidos sus doce años, el niño Bolívar sorprendió sigilosas conversaciones de los mayores sobre el alzamiento que un zambo valiente—*José Leonardo Chirinos*—acaudilló en *Coro*. Hubo muchos muertos en esa intentona, protesta vigorosa contra la falta de libertad que especialmente los humildes estaban forzados a soportar. En la casa de Bolívar siempre hubo interés en hablar de política.

Poco antes de que naciera *Simón José Antonio de la Santísima Trinidad*—así lo bautizaron, con tan extenso nombre, como era corriente, y que se redujo a *Simón* solamente—su progenitor había escrito al gallardo *Francisco de Miranda*, para que viniera a redimirlos de la tiranía. En esa gestión acompañaron al coronel don Juan Vicente otros dos criollos aristócratas. Miranda ya era famoso aquí por las noticias de sus actividades en países extranjeros.

Chirinos fue ahorcado y descuartizado. Mandaron a poner su cabeza en una *jaula de hierro* sobre un palo, en el camino de Caracas hacia *Coro*; también, para allá fueron enviadas las manos del adalid. La viuda fue condenada a ser vendida separada de sus pequeños hijos. De nada valieron la inteligencia ni la bizarría de Chirinos. Con este sacrificio de un hijo del país por pretender sacudir la dominación hispana, coincide, casualmente, la traída a La Guaira del reo *Juan Bautista Picornell*, confinado a América por una tentativa de sublevación en España. Picornell, aunque estaba preso, pudo entrar en contacto—desde la mazmorra del puerto—con el movimiento conspirativo que allí en el litoral adelantaban *don Manuel Gual* y *don José María España*. Por su admirable capacidad y cultura se

convierte Picornell en inspirador y arquitecto de tan formidable empresa revolucionaria.

En el círculo de los allegados a la familia Bolívar hay también conexión con ese movimiento. Por lo demás, mucha gente de distintas poblaciones estaba comprometida. Cuando el plan es descubierto, las autoridades coloniales encierran en la *prisión* al pedagogo *Simón Rodríguez*. Allí va a visitarlo su discípulo y tocayo Bolívar. Jamás éste había visto el interior de un calabozo, ni imaginaba la repugnante y depresiva realidad de barrotes, cadenas y guardias. El maestro estaba allí, en esa celda húmeda, maloliente y sombría, padeciendo por la patria.

Por la *Patria* tuvo Rodríguez que irse lejos, a tierras más propicias del Viejo Mundo. Nunca retornaría a la amada Caracas. Él quería para Venezuela y para América un régimen de justicia, cultura, independencia e igualdad. Soñaba verla fuerte, democrática, civilizada.

La ausencia de don Simón Rodríguez dejó a Bolívar como huérfano por tercera vez, pero en su alma quedó sembrada la idea que, como semilla fecunda, germinaría en el amor por Venezuela y por América, en su decisión de servir a los hombres que sufren por los derechos y la dignidad humana. Siempre estuvo dispuesto a honrar a los que combaten sin tregua en favor de ideales sublimes.

La *Patria*, en aquellos tiempos del coloniaje, era como un concepto o idea subversivo. El nacionalismo americano —es decir, el pensar que América debía ser para sus hijos— era considerado un delito dirigido contra el imperio hispano. Pero Bolívar, el quinceañero, ya sentía la *Patria*. Su maestro le había enseñado, tanto en el aula como en el diario vivir, en las correrías por el campo, en el coloquio permanente y cordial, las lecciones ejemplares que años después él asumiría, cuando así definió la *Patria*:

“Primero el suelo nativo que nada: él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro propio país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia

y los que nos han dado alma por la educación; los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos recuerda un deber, todo nos excita sentimientos tiernos y memorias deliciosas; allí fue el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado.

En verdad, preguntemos con Bolívar: *¿Qué títulos más sagrados al amor y a la consagración?*”.

Simón Bolívar fue fiel a sus palabras. Por la Patria hizo todos los sacrificios; le ofrendó la suma entera y cabal de sus energías. Y nos enseñó que nuestro deber fundamental es ese de la devoción incondicional y absoluta por el suelo nativo.

Por todos los caminos rumbo a Roma

Antes era bien difícil ir a *Europa*. Hoy se va de un continente a otro en pocas horas, con seguridad y confortablemente. En aquella época cualquier recorrido demoraba meses, a bordo de lentos buques empujados por el viento, sin ninguna comodidad.

Desde cuando murió su madre, Simón Bolívar estuvo a punto, en varias ocasiones, de ser enviado a *Madrid*; a última hora algún inconveniente obligaba a aplazar la ansiada travesía. Por fin, en *enero de 1799*, pudo el pequeño Simón embarcarse en La Guaira. El navío se llamaba “*San Ildefonso*”; para llegar a España dio un gran rodeo: estuvo en *Veracruz* unos cuantos días, lo cual permitió al mozo ser llevado a la monumental ciudad de *México*, primera gran ciudad que él vio en su vida; luego pasó por *La Habana*. En mayo ancló en el puerto vasco de *Santoña*, de allí él siguió en carruaje hacia *Madrid*.

Se ha dicho desde los tiempos de la Grecia clásica, y es verdad, que nada hay mejor que *los viajes* para aumentar los conocimientos y fortalecer la personalidad. En un viaje suele aprenderse más que en el estudio de muchos volúmenes.

La permanencia en la capital de España, que dura *tres años*, es esencial en la vida de Bolívar. De modo definitivo allá despierta su interés por la cultura. El joven maduró. El cambio de ambiente le dio como más seriedad.

El tío y padrino *Esteban Palacios*, y el sabio *marqués de Ustáriz*, influyen en la formación intelectual del huérfano caraqueño. Este cursa matemáticas en la *Academia de San Fernando*, estudia gramática castellana e historia universal. Inicia entonces su aprendizaje de lenguas extranjeras. Llegaría a hablar y escribir correctamente el francés, también el italiano con bastante perfección; y aunque no dominara el inglés, podría leer en este idioma.

En Madrid se convirtió Bolívar en un ávido *lector*. Hasta a las campiñas por los lugares más peligrosos e inaccesibles iba con sus libros. Leía en la mesa. Leía de noche, de madrugada, sentado, de pie o tendido. En la Casa Natal —en Caracas— se conserva un ejemplar de los “*Comentarios*” de *Julio César*, bastante maltratado por el uso; se explica el deterioro, porque Bolívar lo tenía siempre en su hamaca y a veces se dormía con él.

Simón Bolívar lleva en Madrid una vida social activa. Asiste al teatro, a tertulias, veladas y bailes; frecuenta la corte. Conversa, estudia, observa. Luce sus buenos modales; en Caracas le habían enseñado esgrima, equitación y danza. Él recomendaría más tarde la utilidad de semejante atención, diversificada, para la educación integral. De todo se requiere en la vida; hasta los juegos y diversiones frívolas llenan una función. Se ha de estar atento a todo.

El baile gustaba a Bolívar, él lo definía con una frase feliz: “*el baile es la poesía del movimiento*”. Él prefería el valse y, cuando tenía una buena pareja, danzaba seguidamente horas enteras. El propio Libertador contaría — en 1828— a su amigo Luis Perú de Lacroix: “*que en tiempo de sus campañas cuando su cuartel general se hallaba en una ciudad, villa o pueblo, siempre se bailaba casi todas las noches y su gusto era terminar un valse e ir a dictar algunas órdenes u oficios; volver a bailar y a trabajar: que sus ideas eran más claras, más fuertes y su estilo más elocuente; en fin, que el baile lo inspiraba y*

excitaba. Hay hombres que necesitan estar solos y bien retirados de todo ruido para poder pensar y meditar: él pensaba, reflexionaba y meditaba en medio de la sociedad, de los placeres, del ruido y de las balas; se hallaba con sus ideas y sin distracción”.

Bolívar se enamoró en España de una gentil prima suya: *María Teresa Rodríguez del Toro*. Él tenía *diecisiete* años y ella *diecinueve*. En 1802 se casaron y en seguida emprendieron el regreso a Venezuela.

Viviendo la dicha de su amor puro, y en el romanticismo de su lozana juventud, Simón Bolívar y su flamante señora llegaron a Caracas. Luego fueron a vivir en la *Hacienda de San Mateo*, en las ubérrimas campiñas de Aragua. Por esa zona era endémico el paludismo. Fue esta enfermedad la que contrajo la grácil madrileña y a consecuencia de la cual falleció muy pronto.

Otra vez la muerte golpeaba a Simón Bolívar. *Ocho meses* nada más duró la felicidad matrimonial.

Para recuperarse de la pena que lo desconcierta, resuelve alejarse de cuanto le recuerde su truncada luna de miel. Él era *millonario*, de varios millones; su familia tenía casas y haciendas, dinero y esclavos. Toda esa fortuna él la abandonaría, pronto, para consagrarse al esfuerzo altruista y generoso de la libertad para su pueblo. Él sacrificaría su posición social, su riqueza, sus goces y comodidad, su salud, su tranquilidad, por Venezuela y por América.

Se embarcó *a fines de 1803*. Esta segunda visita a Europa resulta trascendental en su carrera. Dura *tres años y ocho meses*. En el aturdimiento de la viudez derrocha grandes sumas de dinero. Pasa un tiempo sin rumbo, cual nave sin brújula en la inmensidad del mar. En *Francia* tiene un reencontro que en cierto modo es providencial: el tropezar con su maestro *don Simón Rodríguez*, es como si volviera a hallarse a sí mismo. Su amado preceptor es de temperamento inquieto y andariego. Juntos combinan una soberbia excursión: *Italia, Suiza, Austria...* Haciendo agotadoras jornadas a

pie, reposando cuando sobrevenía el cansancio, va recibiendo una cátedra diaria, viva y directa, de cultura total: historia, arte, filosofía, humanismo...

De estos años, el de 1804 es año clave para el destino de Simón Bolívar. Rodríguez le ha devuelto el entusiasmo por vivir, ¡a él que se consideraba frustrado! El maestro le sugiere llenar la existencia con grandes tareas; a la vida se le encuentra gusto ocupándola en nobles acciones. En las continuas charlas de los dos Simones, la política es materia que se toca con mucha frecuencia.

El Viejo Continente vive por 1804 en medio de una intensa politización. *Napoleón Bonaparte*, quien despunta radiante y sube a grandes pasos a la cumbre de la prepotencia y la celebridad, es el personaje del cual se habla más. Napoleón anexa reinos a *Francia*, destrona monarcas; con sus ejércitos se desplaza victorioso en fulgurantes campañas, imponiendo por doquier su voluntad.

Bolívar presencia en *París* la coronación de Napoleón. Lo contempla vitoreado por *un millón de franceses*. En tal instante experimenta el caraqueño una sensación singular: no le impresionan tanto el boato ni la aparatosidad de la ceremonia suntuosa, que más bien le parecían vacíos, sino el fervor cordial de aquella muchedumbre, colosal como nunca la había visto, haciendo a un hombre su objeto único y total de atención, el centro de su afecto desbordado. A Bolívar lo conmovió este espectáculo, pensaba en lo que sentiría Napoleón aclamado por la gigantesca multitud.

En ese mismo año 1804, también en *París*, conoce Bolívar al sabio alemán *Alejandro de Humboldt*. El insigne naturalista acaba de terminar un dilatado y fructífero recorrido por América. Ha estado en *Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, México, Cuba...* De este viaje escribirá libros famosos. Charlando sobre los recuerdos y sobre pronósticos referentes al Nuevo Mundo, abordaron el tema político. Bolívar preguntó a Humboldt sobre la eventual Independencia de nuestra América, imprescindible para que ésta iniciara su propio camino hacia el progreso. El sabio respondió que estimaba próximo y posible este paso, pero que no veía al hombre capaz para dirigirlo y alcanzarlo.

Esa conversación fue un estímulo inconsciente, más poderoso, para Bolívar. A veces un contacto inesperado y casual, una frase dicha al desgaire, obran como el impulso generador, desencadenante y decisivo que puede cambiar no sólo un destino personal sino la historia. En el alma de Bolívar, aquel día, emociones y pensamientos se pusieron en ebullición.

En el verano siguiente, Bolívar se hallaba en *Roma*. Con *don Simón Rodríguez* y *Fernando Toro*, sale una tarde de agosto a pasear; buscan aire fresco por los alrededores de esa metrópoli tan historiada —corazón de un imperio y una religión— conocida como la Ciudad Eterna. Suben a una modesta colina —*el Monte Sacro*—; y ante el espléndido panorama, Bolívar discurre inspirado: “¿Con que éste es el pueblo de Rómulo y Numa, de los Graco y los Horacio, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano?... (Así empieza una estupenda síntesis de la historia romana que, recogida de memoria, nos transmite don Simón Rodríguez). *La civilización que ha soplado del Oriente, ha demostrado aquí todas sus faces, ha hecho ver todos sus elementos; mas en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo...*” (aludía así al tema esencial de siempre: la libertad, que él señalaba —además— como tarea fundamental de América). Para remate de aquella oración, hizo el juramento, teniendo por testigo al maestro entrañable:

“*Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y por mi Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!*”.

Se acerca la Independencia

Durante la colonia, *los jóvenes* no tenían la importancia que ahora tienen. Debían ser pasivos y sometidos a los mayores. Las personas adultas dominaban en toda la sociedad. Simón Bolívar era de los más mozos de su

grupo, su propio hermano lo aventajaba en un par de años; así, él estaba forzado a ocupar un plano secundario.

Bolívar termina su segunda permanencia europea embarcándose en el puerto de *Hamburgo*. Al regreso pasa *cuatro meses en los Estados Unidos*, vuelve a Caracas en junio de 1807. Viniendo de una Europa imperial y avasalladora, a su vez avasallada por Napoleón, vio en Norteamérica por primera vez —como él diría después— un reconfortante ejemplo de “*libertad racional*”. Bolívar viene dispuesto a participar en la actividad política revolucionaria. Explora el ambiente, observa y conversa. Por ahora, su propósito es el de ampliar sus relaciones personales, multiplicar el número de sus amigos y discutir sobre el vuelco necesario que reclama la situación del Nuevo Mundo.

En Caracas se recuerda —en ese año de 1807— la fracasada aventura del ilustre *Francisco de Miranda*. Atacó por *Ocumare*, lo derrotaron. Estuvo en *Coro*, nadie lo siguió.

Para *1808 y 1809*, las cosas marchan a favor del cambio revolucionario, pues en España se confrontan graves dificultades. La crisis que atraviesa la Península ibérica hace más factible la emancipación de las colonias.

La casa de campo de los Bolívar, en las cercanías del río Guaire, se convierte en centro de reuniones donde, sin muchos miramientos, se conspira por la independencia. El trabajo subversivo para sustituir a las autoridades españolas está avanzado, pero termina siendo descubierto. El anciano Capitán General y Gobernador dispuso confinar fuera de la ciudad a algunos sediciosos. *Simón Bolívar* debe salir de *Caracas*, donde el proceso político sigue desarrollándose, en distintos episodios, hacia el venturoso suceso del *19 de Abril de 1810*.

Ese día, *inicial* —propiamente— de la *Revolución venezolana*, triunfan los criollos en su aspiración de tomar el poder y desplazar a los funcionarios hispanos. Varios intentos de cambio político hubo en estos agitados años, pero siempre los sectores populares se opusieron al deseo de los

presuntuosos personajes de la aristocracia colonial. El pueblo prefería seguir obedeciendo al Rey.

Era *Jueves Santo*, el 19 de Abril de 1810. Los cabecillas del golpe, que son casi todos los miembros del *Cabildo*, invitan al Capitán General *Vicente Emparan* a una reunión. Decían que el objeto era considerar los sucesos de España y fijar la conducta que se debía seguir en Venezuela. Emparan cae en la celada que le tienden los criollos y asiste al Cabildo; una vez allí, tras fuerte y agria discusión donde todos apabullan al Capitán General, alguien apela hábilmente a la gente que se ha aglomerado en la plaza: “*¡No lo queremos!*”, gritan. Emparan replica con despecho y altivez: “*Yo, tampoco quiero mando*”. Esto se entendió como su renuncia y así terminó el gobierno de los españoles.

El 19 de Abril empieza la revolución de Venezuela contra el orden colonial que duró *tres siglos*. Ese día no se declara la Independencia, ese día toman el poder los venezolanos. Por primera vez, hombres nacidos acá suben a gobernar su tierra. Se proclama una supuesta adhesión al Rey — constituyen una *Junta Suprema* titulada “*Conservadora de los Derechos de Fernando VII*”—, pero tal nombre no es más que un disfraz para aquietar o neutralizar a los mayoritarios sectores pardos que consideran al monarca como un santo. Nunca el pueblo hubiera participado en un movimiento de rebeldía abierta contra el soberano, y menos si hubiera sabido o sospechado que iba a favorecer a quienes eran tan intransigentes en oponerse al más mínimo bienestar de los humildes.

El *pueblo* es incorporado al nuevo gobierno a través de algunos pocos representantes que, alegando actuar en nombre suyo, forman parte de la Junta.

Es interesante ver como Venezuela entra a una *nueva etapa* histórica. Emociona reconstruir en el pensamiento aquellas horas magníficas cuando la nación se levantó, rompió con un pasado negativo y empezó a caminar velozmente hacia el porvenir. El 19 de Abril es una fecha extraordinaria

en la historia americana. Ahora, cada año la celebran los venezolanos con júbilo; es *Fiesta Nacional*; se adorna con la bandera tricolor las casas y se rinde homenaje a la Patria y a sus héroes. Ese fue un día de unión. La *unión* ha dado siempre a los americanos las mayores satisfacciones.

La Junta de Caracas trabajó con sincero fervor por la unidad americana. Desde Venezuela se invitó a los cabildos del continente a seguir el ejemplo de Caracas, y a establecer relaciones fraternales estrechas para una progresiva integración.

Asesorada por el eximio jurista y pensador *Juan Germán Roscio*, la Junta despacha varias misiones diplomáticas. *Juan Vicente Bolívar* y *Telésforo de Orea* van a los *Estados Unidos*, *Cortés Madariaga* sale para *Bogotá*, otros se dirigen a las *Antillas*. Para *Londres* es enviada una delegación presidida por *Simón Bolívar*, lo acompañan *Luis López Méndez* y *Andrés Bello*.

Así principia Bolívar su servicio patriótico en posiciones relevantes. Es una gran responsabilidad la que se le confía. Antes ha desempeñado las tareas cónsonas con su edad: cuando todavía no contaba *catorce años* ingresó como cadete en el *Batallón de Aragua* que otrora fue comandado por su padre. Al joven Simón lo ascendieron a *Subteniente de catorce años*; merecía el ascenso; en su hoja de servicio consta: “*Valor, conocido. Aplicación, sobresaliente. Capacidad, buena. Conducta, buena*”. Eran altas sus calificaciones, por ello era justa la distinción.

La Junta Suprema hace Capitán a Bolívar, y para el viaje a Londres —encabezando la más importante de las embajadas del momento— se le menciona como titular de un nuevo grado: *Coronel*.

En *Inglaterra* él admira al pueblo, disciplinado, serio y laborioso, respetable en el esfuerzo tenaz por asegurar a su Imperio la primacía política, económica y cultural en el mundo.

Se produce una singular coincidencia en Londres: El *único* encuentro que han de tener esos que serán los tres máximos personajes de América —tres caraqueños—: *Miranda, Bolívar* y *Bello*, ocurre allí en la

capital inglesa. Los tres personajes ocuparán sucesivamente, cada uno a su turno y en su estilo, el primer lugar de la representación americana. Primero será *Miranda*, figura gloriosa de la independencia de los *Estados Unidos*, de la *Revolución Francesa* y Precursor de la *emancipación suramericana*. Luego el puesto culminante lo ocupará *Bolívar*, líder principal en la redención de nuestro hemisferio. Cuando él concluya, será *Andrés Bello* —paladín de la civilidad y la cultura— la expresión viva más eminente de América. Caracas, tiene el honor de haber dado a la América esos *tres* grandes varones.

Bolívar permanece en Londres *seis semanas*. Es corto el tiempo, pero la huella es perdurable y la misión no será olvidada. Ha ido al país más poderoso de la época, a buscar ayuda para la independencia de su patria. El despierto emisario caraqueño tiene tiempo, luego de atender a su obligación, para observar y aprender mucho. El apreciará la espontánea y natural sabiduría del pueblo inglés, sobre todo en el uso de la *libertad*, así como en el celoso respeto a sus tradiciones y a su sólida organización institucional.

De este viaje quedan *dos testimonios* bien definidores del destino de Bolívar. Uno es que —desde un periódico londinense— *en su primer artículo de prensa*, él plantea por primera vez su idea de la *unidad americana*. El otro, que en la casa de Miranda se entrevista con el educador José Lancaster, quien había inventado un sistema pedagógico muy conveniente para América. Lancaster recordará más adelante, que Bolívar demostró un “*interés muy vivo y poderoso*” por la *educación*, desde aquel encuentro de 1810. Así sería hasta el fin de su vida, en 1830. Simón Bolívar nunca abandonaría esos dos ideales: la unidad continental y la suprema importancia de la educación.

Rasgo característico de la personalidad bolivariana es la constancia, la fidelidad a sus ideas rectoras, la insistencia segura y firme en lo que él creía. De allí una norma para la mejor conducta de los hombres todos: ser consecuentes con nuestros principios, mantenernos leales a nuestras

convicciones, y trabajar sin pausas tras los objetivos y propósitos que nos inspiran. Todos los días debemos ser estudiosos, dóciles a la razón. Tramo a tramo, paso a paso, se recorren las rutas largas.

En la vida no se consigue nada sin esfuerzo. La *constancia* y la *tenacidad* son necesarias para alcanzar las altas metas que uno se proponga. Bolívar refería una vez esta anécdota: *“Me acuerdo de que, cuando estábamos en el sitio de Angostura, di uno de mis caballos a mi primer Edecán Diego Ibarra, para que fuera a llevar algunas órdenes a la línea y recorrerla toda: el caballo era grande y muy corredor y, antes de ensillarlo, Ibarra estaba apostando con varios jefes del ejército que brincaría el caballo partiendo del lado de la cola e iría a caer del otro lado de la cabeza: lo hizo efectivamente, y precisamente llegué yo en aquel mismo momento: dije que no había hecho una gran gracia, y para probarlo a los que estaban presentes, tomé el espacio necesario, di el brinco pero caí sobre el pescuezo del caballo, recibiendo un porrazo del cual no hablé. Picado mi amor propio, di un segundo brinco y caí sobre las orejas, recibiendo un golpe peor que el primero: esto no me desanimó, por lo contrario, tomé más ardor y la tercera vez pasé el caballo. Confieso que cometí una locura, pero entonces no quería que nadie dijese que me pasaba en agilidad y que hubiera uno que pudiese decir que hacía lo que yo no podía hacer. No crean ustedes que esto sea inútil para el hombre que manda a los demás: en todo, si es posible, debe mostrarse superior a los que deben obedecerle: es el modo de establecer un prestigio duradero e indispensable para el que ocupa el primer rango en una sociedad y particularmente para el que se halla a la cabeza de un ejército”*.

Bien podemos hacer de esta frase bolivariana: *“¡y la tercera vez pasé el caballo!...”*, el lema de la perseverancia y del empeño afanoso e irrevocable en lo que nos propongamos. Las dificultades no deben desanimarnos, debemos enfrentarlas con coraje. Insistamos una y otra y otra vez, sin dejarnos vencer por los golpes, confiados en que luego podremos decir: *“¡y la tercera vez pasé el caballo!”*.

Altibajo republicano

Cuando *Miranda* volvió a *Caracas*, ya no era el mozo que *cuarenta años atrás* partió a correr el mundo, sino un viejo de cabellos blancos. Ciertamente que su prestancia cautivaba, eran muchos sus méritos así como era vasta y bien cimentada su cultura. Conocía una media docena de idiomas, pero después de cuatro décadas de ausencia retornaba convertido en un personaje casi extranjero. Le tocaría sufrir mucho a causa del alejamiento y de la desvinculación con su medio.

No fueron muy cordiales entonces las relaciones entre *Miranda* y *Bolívar*. Entre ellos había no sólo la diferencia de edad (33 años) sino las de carácter, formación, temperamento y hasta de conceptos distintos sobre el modo de gobernar. Buscando hacerse conocer en el pueblo, *Miranda* se convierte en un agitador de la *Sociedad Patriótica*. Consigue ser electo *Diputado al Primer Congreso, que se instaló el 2 de marzo de 1811*.

En ese cuerpo soberano se discute sobre el rumbo de Venezuela. Tras largos debates en los que sobresale la sabiduría jurídica y política de los más connotados patricios, el Congreso declara la *Independencia* el viernes *5 de Julio de 1811*.

Desde esa fecha, Venezuela es independiente y libre. El acta del acontecimiento, elaborada con esmero, se firma el lunes que sigue, antes de presentarla al Poder Ejecutivo.

Al Congreso corresponde dotar a la naciente República de una *Constitución*. El trabajo de hacer esa Ley Fundamental, que sirva de base al nuevo orden, termina el 21 de diciembre. Venezuela se anota otra gran primicia histórica: Ya no es tan sólo el *primer país* de Hispanoamérica que envió *misiones diplomáticas a Europa*. Ha sido el *primero con gobierno legítimo* surgido de su libre elección, y ahora es también el primero en poseer una *Constitución*. Todas estas son señales inequívocas de que Venezuela procura desde su nacimiento ser de las naciones civilizadas, regidas por los principios de la inteligencia y del derecho.

Los pasos iniciales de la República fueron felices. Todo parecía allanarse en medio de pacífica armonía. *No hubo violencia*. Ni una sola muerte ocurrió con motivo de la separación política que acababa de acordarse. Prueba elocuente del espíritu ingenuo, lleno de sano patriotismo, que entonces predomina, la da el maestro *Cayetano Carreño*, quien declara públicamente: “*Yo quisiera tener ahora todas las opulencias del mundo para prodigarlas en esta ocasión venturosa, y manifestar al universo que los caraqueños saben apreciar la dignidad a que se han elevado; mas ya que mi fortuna es tan escasa, permítaseme que usando ahora la profesión a que he dedicado los años de mi vida, ofrezca al Gobierno la orquesta musical para la celebración de nuestra Independencia en el día que sea promulgada, sin costo alguno de las rentas nacionales*”.

Cuando nace un niño, se traen hasta su cuna muchos regalos, unos son ingeniosos, raros y de alto precio, otros simples aunque también admirables, como las frutas y las flores del campo. La patria es como un niño, puro y bueno, una esperanza; un sol que se levanta. Así la veía el bondadoso músico. Para homenaje de su patria él ofreció lo mejor de cuanto él tenía: su *Arte*; su música para la fiesta del júbilo popular. Por su parte, el Gobierno, modesto, digno y sobrio, sin recursos para ostentosas conmemoraciones, ordena y manda austeramente: “*Que se ilumine por tres noches la ciudad, de un modo noble y sencillo, sin profusión ni gastos importunos*”.

Para destruir tantas ilusiones patrióticas, concebidas con la mejor disposición del alma, pronto sobrevendría el desastre. Un contingente de soldados españoles acuartelados en *Coro*, se insurrecciona bajo el comando de *Domingo Monteverde* y se dirige contra Caracas. Otras ciudades se sublevan contra la República, y las provincias de *Maracaibo* y *Guayana* no quieren reconocer la Independencia.

En medio de la crisis, el Gobierno —que estaba encabezado por un triunvirato cuyos miembros se turnaban cada semana en la presidencia— llama a *Miranda* y lo hace jefe único— “*Dictador*” se decía entonces— con el encargo de someter a los alzados.

Ocurre luego el espantoso *terremoto* de 1812. El clero, subordinado al Rey, hacía propaganda a favor del colonialismo. Bolívar encontrábase en Caracas el día nefasto, y en la plazuela de *San Jacinto* hubo de silenciar a un fraile que predicaba que la catástrofe era un castigo divino por el desconocimiento al monarca. Simón Bolívar dijo en esa oportunidad: “*Si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca*”. Con esto quería indicar cómo debía ser firme la voluntad para sostener y defender la autonomía.

Miranda fracasó ante Monteverde. Capituló confiado en que se respetarían los términos convenidos entre los patriotas y los realistas; buscaba irse al exterior para volver más fuerte a reanudar la guerra. También Bolívar y la mayoría de los jefes patriotas trataron de escapar por La Guaira, pero el puerto había sido cerrado poco antes por orden del propio Miranda. Un grupo de jóvenes exaltados, confusos y acorralados —entre los cuales estaba Bolívar— pensó fusilar al ilustre *Precursor* cuya conducta no entendían bien y se prestaba a interpretaciones en su contra. Miranda moriría prisionero en *Cádiz*, cuatro años después. Así iba a rendir su existencia el abnegado y valeroso venezolano que primero que nadie —por eso se le llama el *Precursor*— pensó y trabajó por la independencia de nuestra América. Miranda fue un patriota eximio; su nombre y su memoria son dignos de veneración. En 1826, Bolívar lo reconocería así al llamar a Miranda: “*el más ilustre colombiano*”.

Bolívar pudo viajar a *Curazao* provisto de un pasaporte que su amigo, el peninsular *Francisco Iturbe*, le consiguió con Monteverde. Nada le importó a Iturbe la circunstancia de que él fuera un español monarquista y Bolívar, un americano revolucionario; eran amigos personales y eso bastaba para la comprensión y para un gesto humanitario por encima de las diferencias políticas.

Esa disposición al agradecimiento es otra señal de la fina calidad moral del Libertador. “*La ingratitud* —decía— *es el crimen más grande que pueden los hombres atreverse a cometer*”.

En la acogedora isla holandesa de Curazao estuvo Bolívar poco tiempo. Siguió a *Cartagena* donde se había instalado un gobierno de patriotas. En este famoso puerto, de activo comercio durante la colonia, él redacta y difunde —en diciembre de 1812— su célebre “*Manifiesto*”. Ese texto contiene una explicación completa de las causas que determinaron la caída del gobierno independiente en lo que se ha llamado la *Primera República*, y un esbozo de la estrategia que deberá seguirse para triunfar en la venidera oportunidad.

El *Manifiesto de Cartagena* es el primero de los grandes escritos de Simón Bolívar. Leyéndolo se percibe la notable capacidad de estadista que había en el joven de Caracas, quien se revela entonces como un sagaz y exacto observador político, escudriñador atento y certero del proceso histórico-social de nuestra América. El Manifiesto de Cartagena también muestra a Bolívar como hombre de indomable voluntad, de los que no renuncian a su ideal, ni se afligen ni desmoralizan aunque sean enormes los obstáculos.

Otra vez al combate

Como si fuera hecho de acero, Bolívar resiste a la derrota y no se entrega. Un famoso historiador argentino lo ha comparado con una *espada de buen temple* que, ante la desgracia, puede doblarse pero no se quiebra. Nunca la adversidad lo aniquiló. El caraqueño, arrojado de Venezuela por el vendaval de crueldades y venganzas de Monteverde, no se da por vencido. Frente al infortunio se levanta una y mil veces, y vuelve a la lucha. En Cundinamarca consigue ayuda para emprender con las armas la reconquista de la libertad venezolana. El guerrero se adiestra en campañas por el Magdalena y Cúcuta.

Entra a su país por el Táchira. La historia bautizó a esta sucesión de batallas y encuentros triunfales: *Campaña Admirable*. La ciudad de Mérida otorga a Bolívar el título de *Libertador*, confirmado después por Caracas.

Así lo conoce la posteridad, así lo reconocen los pueblos: *Libertador*. Esa es la distinción máxima que puede ganar un hombre. Bolívar la estimaba

superior a todos los honores que hay en la tierra. Libertador es quien libera, quien vence la opresión. Libertador es el hombre que restituye a sus hermanos el disfrute del don supremo que la Providencia concede: la libertad. Los pueblos veneran, eternamente agradecidos, a sus libertadores.

Allí en los páramos—cerca de Mérida— consiguió el Libertador un fiel guardián. Un campesino que no tenía otra cosa que ofrecer al héroe, le obsequió un bello cachorro de la raza Mucuchíes. Lo llamaron “*Nevado*”, era negro pero en el lomo y las orejas tenía manchas blancas. El perro acompañó a Bolívar en largas y peligrosas jornadas hasta morir de un disparo en Carabobo. El Libertador dispensaba a los animales un trato benévolo y protector.

Cuando Bolívar viene a Venezuela en 1813, está imbuido de la idea de la *revolución política* o sea del objetivo primordial de establecer un gobierno autónomo, republicano, constitucional y democrático. En eso hay acuerdo entre los generales de la guerra y los señores del sector criollo, que son los privilegiados de la sociedad colonial y buscan no depender de España. Todavía nada se habla entre ellos de lo que anhela el bajo pueblo, explotado y sometido, es decir: igualdad y tierras. Nada se ha dicho aún, franca y oficialmente, contra la esclavitud; nada se ha prometido para cancelar la miseria que padecen las mayorías venezolanas.

Contemplamos ahora algunos rasgos del combatiente. *Bolívar* medía 1 metro 67 centímetros de estatura. Su piel, blanca y pálida, estaba tostada por el sol y curtida por la intemperie. Era flaco; el rostro alargado, los pómulos salientes. Sus ojos eran negros y penetrantes. Su voz, aguda. En su conversación, con frecuencia inclinaba la mirada a tierra o de lado. Cuando algún asunto le interesaba mucho, miraba cara a cara a su interlocutor, con suma vivacidad, y en sus gestos mostraba una alma apasionada. De ordinario su expresión era cautelosa y melancólica; a ratos triste y como golpeado por el desaliento. Todo ello no excluía cierto humor liviano y hasta jovialidad manifestados principalmente entre sus amigos de confianza.

En la ciudad de Trujillo, hubo de proclamar Bolívar la *Guerra a Muerte*. Lanza su terrible amenaza contra los “españoles y canarios”, opuestos a la revolución, combatientes duros que para aquella época se oponen encarnizadamente a la Independencia. Esa proclama nada tiene que ver con nuestros hermanos los españoles y canarios, inmigrantes pacíficos, que en el presente viven y trabajan con nosotros por Venezuela y por América.

Bolívar prosiguió su marcha victoriosa y fue recibido en *Caracas* con entusiastas aclamaciones. Al júbilo de verse liberada, la ciudad añadía el orgullo de que un hijo suyo fuera el protagonista de la hazaña. El gobierno patriota fue reorganizado en la etapa que se conoce como la *Segunda República*. Este período fue de todos modos muy fugaz. La ferocidad de los realistas, las pasiones desbordadas y los crímenes más abominables, confluyeron en una como onda destructiva que lo arrasaba todo.

Boves, un asturiano audaz, se había ganado la ciega adhesión de los llaneros, gente intrépida. Él ofrecía a sus seguidores: dinero y tierras, y los autorizaba expresamente a saciar sus rencores saqueando a los criollos que, como sabemos, eran los que promovían con más empeño la Emancipación. Ante el miedo que el nombre de Boves inspiraba, se produjo la *Emigración a Oriente*: fue una larga romería de familias capitalinas que —abandonando sus casas y pertenencias— se puso en marcha por impracticables vías. Acosada por el hambre, hostigada por sus perseguidores, por las enfermedades, y doblegada por los sobrehumanos esfuerzos que la angustiosa huida exigía, la muchedumbre fugitiva fue disminuyendo en la ruta, regando muertos por doquier. Cuando Bolívar vio que por segunda vez se desmoronaba la República, hubo de embarcarse en *Carúpano* para un nuevo exilio que debía ser otro recomenzar.

Año penoso fue el de 1815. Lo ocupa el Libertador en gestiones vanas por las *islas del Caribe* y por *Nueva Granada* buscando recursos para retornar a la empresa bélica de la libertad venezolana. Bolívar padece lo indecible en este destierro. Una noche en *Jamaica* estuvo a punto

de ser asesinado. Un sirviente de la casa donde él vivía fue sobornado, para matarlo, por emisarios de las autoridades españolas. El muerto a puñaladas fue el coronel amigo *Félix Amestoy*, quien se había acostado en la hamaca de Bolívar mientras éste se hallaba ausente. En medio de tantos sinsabores, en *Kingston* tuvo tiempo, sin embargo, para meditar, y para hacerlo con brillo y visión extraordinarios. Allí escribió otro de sus documentos esenciales: la epístola a Mr. *Henry Cullen* —la célebre *Carta de Jamaica*—.

Bolívar revela en ese escrito notables condiciones de profeta. Sus predicciones de 1815 para nuestros países —de norte a sur y de sur a norte— se cumplieron en gran parte.

En la soledad, que es también creadora, él reflexiona. De súbito en su mente se alumbra la causa de las derrotas patriotas: “*las guerrillas realistas ofrecían más libertad que nosotros*”. Es decir, para el pueblo era más atractivo combatir a favor de los partidarios del rey español; mayores y más concretas e inmediatas esperanzas había en ese lado. En su fuero íntimo, Bolívar toma una resolución: *¡La próxima vez será distinto!*

Victoria, voluntad y carácter

Bolívar fue valiente. No tuvo miedo. Combatió con bizarría, sin atemorizarse por la fuerza del adversario. Los soldados de la libertad no preguntan cuántos son, sino dónde están los enemigos. En muchas ocasiones la superioridad numérica y material de sus contrincantes se impuso, y el Libertador fue batido, pero tan pronto él se reponía volvía a la carga. Se le ha de recordar por su *capacidad y su aptitud* para elevarse en las desgracias, y para *superar el infortunio* y los embates de la mala suerte.

Simón Bolívar fue un notable guerrero. Entre los grandes capitanes del mundo se inscribe su nombre. Sus hazañas bélicas son famosas. Las grandes batallas que él libró se estudian en las principales academias del mundo, como obras maestras del arte militar.

El temperamento de Bolívar, sin embargo, era pacífico. Él tuvo que convertirse en líder y alma del movimiento armado porque no había para América otra forma de recobrar sus derechos.

La profesión del *militar* exige una permanente disposición al sacrificio. Él trabaja con las armas y este oficio es peligroso. La vida está siempre a la orden de la patria. La disciplina y el valor hay que demostrarlos a cada instante. Si los patriotas conducidos por Bolívar no hubieran hecho la guerra a los ejércitos del rey de España, no fuéramos independientes. Se habría mantenido el dominio extranjero y seguiríamos subordinados, es decir, sometidos a la opresión.

Siete meses pasó Bolívar en *Jamaica*. Agotadas sus diligencias sin ningún resultado positivo, embarcóse rumbo a *Haití*. Esta isla pródiga sí le proporcionaría lo que él necesitaba para volver a *Venezuela*.

El *Presidente Alejandro Petion* acogió al Libertador con verdadera fraternidad. Aunque el gobierno haitiano era pobre, le brindó la formidable ayuda: ocho naves, armamento, pólvora, dinero, víveres... lo suficiente para acometer otra vez la liberación venezolana.

Petion, además, daba asilo en su República a los muchos perseguidos suramericanos que allí buscaban refugio. En *Puerto Príncipe* —la capital— estaban también el almirante *Luis Brion* y don *Roberto Sutherland*. Con la cooperación de todos ellos, Bolívar consiguió formar expedición que zarpó de *Los Cayos*. La llegada de sus goletas a Margarita marca el inicio de la *Tercera República*.

Ahora es otra la preocupación de Bolívar, más *social* que *política*. Ya no viene solamente predicando la creación de un nuevo gobierno, ni trata únicamente de temas abstractos, como Constitución, leyes, Estado, libertades, asambleas, etc. Ya no se ocupa tan sólo de cuestiones internacionales, alianzas y tratados. Ahora, por fin, se tocan los puntos concretos que interesan a las clases populares. Al llegar Bolívar a Margarita anuncia la *libertad de los esclavos*, la cual decreta seguidamente en

Carúpano. En lo adelante no habrá más esclavos en Venezuela, todos serán libres y ciudadanos.

Varias medidas en favor del pueblo están listas para ser tomadas, cuando sobreviene otro descalabro. Es grave este revés. Sucedió en *Ocumare*; allí el Libertador estuvo a punto de ser capturado por los enemigos. Se iba a suicidar, para que no lo agarraran vivo, cuando el haitiano *Bideau* lo rescató de la playa; en un bote lo subió rápidamente a bordo del velero que de nuevo lo condujo a *Haití*.

Ante el desastre sufrido, y en vista del gasto considerable que la república haitiana había hecho para la expedición desventurada, Bolívar no se atreve a pedir nada más. Apenas ruega al magnánimo Presidente le facilite los medios para trasladarse a *Estados Unidos, Londres, México o Buenos Aires*, donde pueda hallar las armas para un tercer intento. *Petion* se excede en su generosidad, no abandona al infeliz amigo, ni siquiera se limita a auxiliarlo para que vaya a otra parte en procura de lo que con urgencia requiere. *Petion* repite la costosa ayuda, y formula un vaticinio que resultará exacto: “*Si la fortuna se ha reído de V.E. por dos veces, quizás le sonría en la tercera oportunidad. Yo, por lo menos, tengo ese presentimiento*”. Bolívar triunfaría, en efecto. Ese tercer esfuerzo desde el exterior sería definitivo.

Del puerto de *Jacmel* zarpa esta definitiva expedición libertadora. Cuando Bolívar llega a Venezuela dirige la campaña hacia la toma de *Guayana*, provincia que se había mantenido ininterrumpidamente en poder de los españoles, y cuyos recursos cuantiosos —gente, agricultura, ganadería, etc.— estaban intactos.

El *General Manuel Piar* había señalado la conveniencia de ocupar a *Guayana* antes que a *Caracas*, y en verdad que allí encontraron los patriotas la base material que faltaba a la República. Piar fue un bravo militar; peleó mucho y bien por la Independencia. Ello no obstante, se enredó en intrigas muy peligrosas para un país de población mestiza como es Venezuela. Piar decía que a él no le confiaban las máximas posiciones en el ejército porque

él no pertenecía a la categoría de los blancos aristócratas. Bolívar tuvo que cortar de raíz esta grave disidencia, pues si no la extirpaba era fácil —con ese argumento racista— sembrar la anarquía y poner a los soldados y los oficiales a destruirse entre sí. De ese modo hubieran empezado a matarse los más blancos o los menos morenos contra los menos blancos o los más morenos; eso hubiera sido el fin. Por sobre ambos irreconciliables bandos de venezolanos, las tropas del Rey se habrían impuesto, y la revolución hubiera quedado aniquilada. *Bolívar* tuvo que ser drástico, sometió al valeroso *Piar* a un juicio militar donde un jurado imparcial lo halló culpable; y terminó fusilado.

Cinco años atrás, se complacía *Simón Bolívar* en la firme ponderación de su calidad moral; de ese testimonio tomamos el título para esta biografía, y en sus pocas palabras tenemos un mensaje profundo y perdurable: “*Mi sinceridad es tal, que me conceptúo criminal en todo aquello que reservo. Yo soy un hombre diáfano*”.

Para el Libertador la justicia era la primera ley de la naturaleza, y la garantía universal de los ciudadanos. Se empeñó siempre, sin que nadie pudiera desviarlo, en hacer justicia. Ni los afectos, ni las simpatías, ni las antipatías, lograron nunca variar su criterio de rectitud. Ni el amor a sus familiares hizo que él incumpliera sus principios. Bien claro le escribió una vez a su hermana María Antonia: “*No quiero exceder los límites de mis derechos, que por lo mismo que mi situación es elevada, aquéllos son más estrechos. La suerte me ha colocado en el ápice del poder; pero no quiero tener otros derechos que los del más simple ciudadano. Que se haga justicia y que ésta se imparta si la tengo. Si no la tengo, recibiré tranquilo el fallo de los tribunales*”.

El dar a cada quien lo suyo, reconociendo en cada persona lo que ésta merece, es norma que Bolívar ilustra con sus actos. Así consta en sus cartas, incluso en la correspondencia más íntima.

Sus principios de hombría y corrección eran muy sólidos. A su sobrino, *Anacleto Clemente*, lo reprende una vez con especial rigor: “*¿No te da*

vergüenza ver que unos pobres llaneros sin educación, sin medios de obtenerla, que no han tenido más escuela que la de una guerrilla, se han hecho caballeros; se han convertido en hombres de bien; han aprendido a respetarse a sí mismos tan sólo por respetarme a mí? ¿No te da vergüenza, repito, considerar que siendo tú mi sobrino, que teniendo por madre a la mujer de la más rígida moral, seas inferior a tanto pobre guerrillero que no tiene más familia que la patria? Te lo vuelvo a decir por la última vez, si no te enmiendas, si no te vas para Caracas, te abandono a tu oprobio y te desheredo para siempre, sin que te quede otra esperanza que la enmienda que te exijo por la última ocasión. Creo que te he dicho bastante para que conozcas mi enojo y conozcas también el medio por el cual puedes desarmarlo”.

El rígido sometimiento a la justicia es la base de una sociedad bien constituida. A Simón Bolívar lo enaltecemos cuando hacemos justicia.

Los elementos para la guerra y la paz

El Libertador no era el único que participaba en la guerra. Él era, desde luego, el conductor principal, pero había mucha gente solidaria en el mismo afán riesgoso.

Ninguna revolución, ni una guerra, la hace un hombre aislado. Una revolución como la concebida por Bolívar y reclamada por América, necesita la participación de muchos. El cambio debía ser a fondo y simultáneo: en la *política*, en la *economía*, en la *sociedad*, en el *derecho*, en las *relaciones internacionales*, en la *cultura*.

Con el Libertador hubo un grupo de grandes jefes militares: *José Antonio Páez* era un hombre recio e inteligente, hecho a esfuerzos propios en el duro trabajo ganadero. Mientras Bolívar estuvo desplazándose por el Caribe, en el dramático peregrinaje de la libertad inalcanzada, surgió en los llanos este intrépido combatiente. A sus aguerridos camaradas —*los llaneros*— que eran los venezolanos más pobres entonces, Páez les había prometido libre pastoreo de reses en las vastas sabanas, y distribución en propiedad de tierras para la

agricultura. Con estos alicientes formó y engrosó sus legiones; todo el mundo quería participar en los beneficios ofrecidos. Cuando el Libertador se enteró de esas promesas las apoyó con entusiasmo. Él estaba convencido de que la justicia agraria —eso era, en verdad, su reparto de tierras— conjuntamente con la abolición de la esclavitud, satisfacía aspiraciones muy sentidas y antiguas necesidades prácticas, de las masas populares.

Del Oriente se destacó, por sobre todos, el fiel y consecuente *Antonio José de Sucre*, guerrero y estadista, diplomático. Orientales eran también: *Santiago Mariño*, el jefe de los cuarenta y cinco jóvenes que invadieron desde Chacachacare, pocos meses antes del inicio de la Campaña Admirable; los hermanos *José Francisco* y *Bernardo Bermúdez*, los hermanos *José Tadeo* y *José Gregorio Monagas*, *Juan Bautista Arismendi*, *José Antonio Anzoátegui*. De los llanos, además de Páez, procedían *Zaraza* y *Rondón*.

En Maracaibo nació el leal *Rafael Urdaneta*, otro de los máximos; también sincero y firme. Muchos más aparecen; con ellos el pueblo se fue adhiriendo progresivamente a las filas de los defensores de su independencia y abandonando las banderas del Rey tras de las cuales marchó en un principio. La revolución prometía, ahora en 1818, hacer justicia a todos, atender a las reivindicaciones de la gente humilde que siempre fue explotada y oprimida por los poderosos.

El Libertador tuvo la cooperación de *Juan Germán Roscio*, jurista y político, redactor de los principales documentos de la Venezuela naciente. También sobresalió en el mismo sector de los intelectuales *Manuel Palacio Fajardo*, diplomático de primera línea, médico y abogado, patriota eximio. *Fernando Peñalver* es otro campeón civil, ya hemos visto que acompañó a Bolívar en circunstancias importantes. *José Rafael Revenga*, Secretario de Hacienda del Libertador y su informador sobre asuntos económicos y culturales, era de las figuras claves de la revolución. Don *Pedro Gual*, inteligencia de alto vuelo, fue el Canciller, dirigió las relaciones exteriores de la República interpretando las ideas continentales del Padre de la Patria.

Las mujeres estuvieron a la par de los hombres en la heroicidad. Damas cabales en la grandeza y el coraje figuran en las páginas de nuestra historia: *Luisa Cáceres de Arismendi*, *Concepción Mariño*, *Ana María Campos*, *Teresa Toro* —madre de los Ibarra—, *Josefa Camejo*, *Juana Antonia Padrón* —madre de los Montilla—, *Josefa María Ramírez*. Mujeres de combatientes marchan con el ejército, como aquella esposa de un soldado del batallón “Rifles” la cual dio a luz en pleno *Páramo de Pisba* —cuando el paso de los Andes— y a la mañana siguiente, con su niño en brazos, avanzaba desafiante. A la gente de Bolívar se incorporaron no pocos extranjeros; de *Europa y de América*, del norte y del sur, del este y del oeste: O’Leary, Mac Gregor, Wilson, Farriar, Perú de Lacroix, Uslar, Codazzi, por citar algunos. Venezuela los recibió en la hora singular de su nacimiento a la libertad; ahí se sembraron y la patria fue lo que siempre ha sido: un hogar abierto para los hombres de buena voluntad.

Con ese caudal humano empezó la Venezuela libre, culta y moderna que Simón Bolívar concibió. Cada individuo, en su especialidad, hacía la parte del deber que le tocaba; de la suma total derivaba la nación su vida y su adelanto.

Cada uno de nosotros, debe inspirarse en las ejecutorias de Bolívar y de los grandes ciudadanos, cualquiera haya sido la actividad o el papel por ellos desempeñados. Cada uno de nosotros, mientras es estudiante y después de elegida la profesión u oficio, debe cumplir a perfección el deber correspondiente. No importa que sea un deber modesto, la grandeza está en llenarlo bien. “*La gloria* —decía Bolívar— *está en ser grande y en ser útil*”. Ser grande es ser patriota, ser valiente, ser honesto. Y en cuanto a ser útil, no hay límites para el quehacer positivo.

Un oficio difícil pero glorioso

Cierta vez Bolívar se definió a sí mismo como un “*alfarero de repúblicas, oficio de no poco trabajo, pero al mismo tiempo glorioso*”. De esa frase salió originalmente la idea para esta biografía donde vemos al Padre de la Patria

“haciendo” naciones, modelando —podríamos decir que con sus manos— a las sociedades de América. El símbolo del *alfarero*, del hombre que con barro sencillo y con su buen gusto elabora vasijas bellas y útiles, es justo para el auténtico creador.

En Angostura el Libertador trabaja como un incansable alfarero que, en lugar de tierra y agua, utiliza gente, pensamientos y leyes. Él levanta la República, con amor y dedicación, en todos sus aspectos. Pelea con valentía en las batallas, ataca y se defiende, vence y lo derrotan, se repliega, vuelve, insiste, triunfa. Sin temer riesgos y peligros, no buscando comodidades ni satisfacciones personales, está donde el deber lo llama. Así hizo la guerra. Ahora, frente al *Orinoco*, padre de los ríos de Venezuela, se consagra a la tarea de *construir la paz y restablecer la República* fundada en 1811. Allí sitúa él la sede del gobierno. Comprende que los Estados no son únicamente territorio y población, sino, además, derecho e instituciones. Él sabe que las naciones libres necesitan primordialmente sus estructuras u órganos políticos, por eso forma el *Poder Ejecutivo* bajo su presidencia, con sus Ministros —entonces llamados Secretarías—. Instala la *Corte*, cumbre del Poder Judicial, y crea el *Consejo de Estado* para la asesoría suprema.

Además, reunió al *Congreso*. Esta fue su felicidad mayor; patrocinaba la existencia de la representación más autorizada de su país, fruto genuino de la voluntad nacional, pues los diputados provienen directamente del pueblo. Por si fuera poco para tan admirable empeño organizador, Bolívar crea el vocero de la nueva patria: el “*Correo del Orinoco*”.

Él juzgaba que la imprenta era esencial en la sociedad; el periódico era el vehículo educativo que remontaba todos los caminos y penetraba en todas partes. Por medio de la imprenta se difundían las novedosas verdades de la revolución. Muchas veces escribió el Libertador artículos de prensa. Con su nombre, y algunas veces con seudónimos, colaboró en periódicos. Usaba bien la ironía y la sátira, su estilo era picante y vivo, ágil como su conversación.

Sus máximas morales y políticas revelan una calidad filosófica de mucho valor: “*La felicidad consiste en la práctica de la virtud*”. “*El talento sin probidad es un azote*”. “*La justicia es la reina de las virtudes republicanas*”. “*La libertad es el único objeto digno del sacrificio de la vida de los hombres*”.

Páez anotaba que Bolívar era “*muy amigo de bailar, galante y sumamente adicto a las damas*”. Su caballería impresionaba favorablemente a todos. Sus modales, sin mengua de la educación suya que era la propia de europeos o criollos aristócratas gentiles, eran sobrios. Se comportaba con modestia y naturalidad. Bolívar era orgulloso y, quizá, demasiado sensible a la calumnia; las infamias contra su persona lo irritaban especialmente. La ira no le duraba mucho tiempo, pero la manifestaba con sinceridad.

“*Tenía buen apetito —dice O’Leary—, pero sabía sufrir hambre como nadie. Aunque grande apreciador y conocedor de la buena cocina, comía con gusto los sencillos y primitivos manjares del llanero o del indio*”.

Ante el Congreso, que en realidad era una veintena de diputados reunidos en una mediana sala, sin ningún lujo, a tono con la austeridad y la pobreza de una nación en guerra por la subsistencia, lee el Libertador su texto conocido con el nombre de *Mensaje o Discurso de Angostura* (15 de febrero de 1819). Es el más notable de todos los documentos bolivarianos. Contiene la interpretación suya de la sociedad, de la revolución y de la historia de Venezuela; ofrece además un extenso comentario sobre el proyecto de Constitución que él mismo —en esa ocasión— presenta al Cuerpo. Finalmente el Mensaje tiene, también, el carácter como de una “*Memoria*” de la actuación bolivariana hasta ese momento. Al respecto él se refiere a los cinco actos más sobresalientes de su mando: *la abolición de la esclavitud* —para la igualdad total—, *la institución de la Orden de los Libertadores* —para condecorar a los héroes—, *el reparto de tierras* —para la justicia de los abnegados combatientes—, *la declaración de Patria o muerte* —para que el mundo sepa la decisión de los venezolanos—, y *el compromiso de pagar la deuda nacional* —para garantía financiera de nuestros bienhechores—.

Bolívar logra que el Congreso de Angostura apruebe la creación de la *República de Colombia* mediante la unión de *Venezuela y Nueva Granada*. Luego también se materializarían las incorporaciones de *Panamá y Ecuador* a esta gran nación.

La República de Colombia era como un primer paso hacia la unidad de *nuestra América*, ésta que ahora llamamos *América Latina*. Bolívar tuvo siempre ideas muy claras y concretas de fraternidad americana, y buscó por todos los medios a su alcance la cooperación estrecha que mejor ayudara a todos nuestros países a progresar juntos.

El gobierno que el Libertador quería para Venezuela y para todas partes, debía ser el democrático, único gobierno que hace posible la más completa libertad.

El sistema, gobierno o régimen *democrático* es el que nace del pueblo, manda en nombre del pueblo y para beneficio del pueblo. Cada ciudadano, mediante el voto, participa en la formación del gobierno; así, tanto el Presidente de la República como los integrantes de las cámaras legislativas —Congreso, Asambleas estatales y Concejos Municipales— son *mandatarios*, es decir, delegados o representantes del pueblo que es el verdadero y único *mandante*.

En nuestros días tenemos presente con total convicción este precepto bolivariano de que el *sufragio popular*, es decir, la votación libre, secreta y pura del pueblo, es la *única fuente legítima del poder*. Lo contrario se llama *usurpación*. Usurpador es el que roba el poder y por la fuerza se proclama gobernante contra la voluntad general del pueblo. Bolívar incluía a los usurpadores entre los mayores criminales.

Todos los americanos debemos leer el *Mensaje de Angostura*. El Libertador era un efectivo maestro de política, un jefe que conocía bien a los hombres, sobre todo a sus subalternos y a sus compañeros. A veces con un simple adjetivo, Bolívar describía una persona. Un día, para definir a Sucre, dijo: *“reúne los conocimientos profesionales de Soubllette,*

el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom”.

De la democracia que el Padre de la Patria practicó, recordamos muchos rasgos en este libro. Uno de ellos es su actitud respetuosa y tolerante hacia los ciudadanos que tienen opiniones distintas a las del gobierno. Por regla general a nadie le gusta que le discutan, y menos que le contraríen su modo de pensar; los gobernantes no democráticos persiguen encarnizadamente a la oposición, y no aceptan la más leve crítica. Bolívar tenía la amplitud del auténtico demócrata, por eso escuchaba y respetaba a los adversarios.

Los hombres públicos —insistía él— están sujetos a las críticas de los ciudadanos; la libertad de opinión es esencial en la democracia. Una democracia era lo que Bolívar buscaba establecer en nuestra América; ese era el régimen que el alfarero moldeaba y moldeaba, creaba, perfeccionaba y embellecía con sus dedos expertos y con su espíritu guiado por altos principios.

Tierras para el pueblo

La *riqueza*, en tiempos de Bolívar, estaba constituida primordialmente por las *tierras*. En vez de dinero, edificios, acciones, títulos, maquinarias, industrias y establecimientos mercantiles, como hoy, eran entonces las haciendas, fincas o fundos y los esclavos, lo que indicaba la fuerza económica o el poder material de la gente.

Para la época colonial, como consecuencia de la conquista —donde los expedicionarios españoles quitaron sus tierras a los indios— existían grandes haciendas que, por herencias sucesivas, eran poseídas exclusivamente por algunas familias blancas. Había en aquel tiempo escasas y pequeñas ciudades; la mayoría de la población —los pardos— vivía en el campo y laboraba en tierras que no eran suyas. Los esfuerzos de tantos agricultores enriquecían a los terratenientes ya ricos. No había justicia en el sentido de que el trabajador recibiera la debida retribución por su esfuerzo y la disfrutara en libertad y paz.

Mucho se interesó *Bolívar*, y con su proverbial sinceridad, *por los pobres*. Siempre ha habido en las almas nobles el deseo de que todos los seres humanos tengan bienestar. Cada quien trabaja para llenar sus necesidades, para alimentarse, tener un hogar y disfrutar de comodidades que hagan placentera la existencia.

La revolución bolivariana justamente era *revolución* porque procuraba cambiar aquella situación de miseria general y de esclavitud, proveniente de la colonia, por un orden de justicia tangible y de libertad, dentro del cual se diera a todos los individuos un tratamiento humano y digno.

Distintos testimonios de sus contemporáneos concuerdan en que Bolívar se caracterizaba por la excesiva movilidad de su cuerpo. Era un individuo extremadamente inquieto. Se ha dicho que con rareza se mantenía dos minutos en la misma posición.

Le encantaba caminar y hacerlo aprisa. En sus paseos poníase a correr y a saltar, tratando de dejar atrás a los demás. Por momentos quien lo observara tan activo e intranquilo podía creer que miraba a un loco. Cuando debía quedarse en casa, marchaba a grandes pasos por los corredores o se mecía en una hamaca con mucha velocidad.

Su resistencia física, pese a no tener un organismo atlético, llegó a ser notable. O'Leary cuenta: *“Nunca he conocido a nadie que soportase como él las fatigas. Después de una jornada que bastaría para rendir al hombre más robusto, le he visto trabajar cinco o seis horas, o bailar otras tantas, con aquella pasión que tenía por el baile. Dormía cinco o seis horas de las veinticuatro, en hamaca, en catre, sobre un cuero o envuelto en su capa en el suelo y a campo raso, como pudiera hacerlo sobre blanda pluma. Su sueño era tan ligero y su despertar tan pronto, que no a otra cosa debió la salvación de la vida en un atentado contra él en el sitio del Rincón de los Toros”*.

Para hacer la guerra de nuestra liberación fue necesario que los pacíficos campesinos se convirtieran en bravos soldados. Estos analfabetos no entendían de sistemas políticos, no podían distinguir entre monarquía absolutista

y República democrática, entendían sí que se les llamaba para una obra de sacrificio, y que se les prometía el cambio de la situación venezolana. Tal *cambio*, para ellos, no podía ser sino el de la esclavitud por la *libertad*, y el de la penuria y el desamparo material por el *reparto de los bienes nacionales*. En un principio creyeron que Monteverde y después Boves les darían esas cosas, pero fueron engañados. Ahora la revolución, por boca de Páez y de Bolívar, se comprometía con ellos sobre esas ofertas no satisfechas. El Libertador lo decía claro: *“los ejércitos se componen de hombres de carne y hueso, que necesitan de todo y, por consiguiente, con pasiones que se deben satisfacer”*.

Bolívar mandó a distribuir las tierras entre los soldados. A cada uno debía dársele una parcela para que sembrara, trabajara, comiera y viviera. Cada uno debía ser señor de su propiedad. Cuando había una gran hacienda, él no quería que la dividieran en pedazos porque así harían muchos *“conucos”* y se destruiría la unidad productiva; en ese caso él recomendaba que se diera el todo a un grupo para que éste la trabajara y, explotándola todos conjuntamente, la hicieran producir en grande. Esta *repartición de tierras* que dispuso para Venezuela fue una de las dos medidas para las cuales *suplicó* Bolívar el apoyo del Congreso de Angostura. La otra medida se refería a la *abolición de la esclavitud*. El tono en que el Libertador se dirigía al Congreso —respecto a ambas materias— era francamente conmovedor: Suplicaba, imploraba.

También en la Nueva Granada él decretó que se repartieran las tierras, y que se entregara a los indios las que ellos necesitaban para vivir.

Hacia el sur del continente, dondequiera que Bolívar estuvo, fue instituyendo la justicia para los explotados, en especial, para los indios que formaban los sectores más numerosos y desgraciados de la población. Emociona —incluso a distancia de un siglo y medio— leer las revolucionarias disposiciones de Bolívar en *Perú*. Allí, una enorme masa de descendientes de los incas era subyugada por los criollos oligarcas. Conforme a la voluntad expresa y sincera del Libertador: *ningún indígena debía quedar sin*

su correspondiente pedazo de suelo. Lo mismo mandó para que se hiciera en Bolivia —la República surgida con su nombre y a la cual amó entrañablemente—; allá debía dársele una determinada y suficiente extensión de tierra a “*cada individuo de cualquier sexo o edad que sea*”.

Bolívar prestaba a la economía gran atención porque él sabía cuán importante era el dinero para que el Gobierno pudiera costear los servicios públicos y realizar su obra administrativa. Para expresar este convencimiento, sus afirmaciones eran muy gráficas: El dinero —decía— “*es el aire vital de las sociedades*”; “*las rentas son el nervio de la República*”; la vida del Estado “*no se alimenta sin que el oro corra por sus venas*”.

Bolívar dijo que las *minas* fueran propiedad de la *nación*. Respecto a las minas no distinguía las metálicas (oro, plata, cobre, hierro, estaño) y las no metálicas (petróleo e hidrocarburos en general); todas debían engrosar el patrimonio nacional. El Estado debía ser rico y fuerte para que, con medios monetarios suficientes, pudiera hacer la felicidad de todos los ciudadanos. Él anhelaba un gobierno estable, sólido, bien provisto de recursos, siempre renovado en sus iniciativas, dinámico y creador. A cada paso él insistía en querer corregir las diferencias económicas implantando la justicia y abriendo posibilidades al progreso.

Infelizmente en esos afanes de disminuir la distancia que separaba a ricos y pobres —acercándolos por medio de la equidad—, Bolívar no tuvo éxito. Tampoco lo tuvo en su persistente disposición de entregar los bienes nacionales al pueblo —sobre todo las tierras para los campesinos y para los indios— que habían sido despojados de ellas.

La mayor parte de los propósitos del Libertador terminaron traicionados, sus órdenes fueron torcidas y desvirtuadas. Él decía y sabía que con su nombre muchos querían hacer el bien y también el mal, y que no pocos lo invocaban disparatadamente. Unos cuantos de los nuevos personajes que subieron con la revolución tomaron egoístamente para ellos la riqueza que debían repartir, y el pueblo siguió hundido en la miseria, más decepcionado

e insatisfecho que antes. Tampoco se lograba la democracia; y la abolición de la esclavitud resultaba igualmente burlada.

Todos hermanos e iguales

A raíz del descubrimiento comenzó la traída de esclavos de *África*. En los ocultos parajes de la costa de aquel continente anclaban los barcos negros, de éstos bajaban individuos crueles que realizaban “*cacerías*” por las inmediaciones y capturaban —como si se tratara de animales— a hombres, mujeres y niños. Enorme porción de los aprehendidos moría durante el viaje, víctima de las enfermedades y el maltrato de las bodegas. Al desembarcar en América, los infelices negros se encontraban convertidos en *esclavos*; en África habían dejado su libertad. Éste ha sido el comercio más horrible: el comercio de seres humanos.

También los *indios* padecieron la esclavitud. Se decía que era en castigo por oponerse a la Conquista. Con los indios, sin embargo, el tratamiento fue relativamente más suave que con los negros. De todos modos la población aborígen disminuyó bastante; muchos no soportaban la súbita mudanza de hallarse subordinados férreamente a gente extraña después de haber sido siempre libres y dueños de su país.

Para la explotación de los indios se inventó un sistema llamado *Encomienda*. Así no se les calificaba de esclavos sino de encomendados. La Corona favorecía a un personaje —el Encomendero— con el privilegio de poner a trabajar a los aborígenes y de enriquecerse por tanto con el esfuerzo de ellos. Podía también controlarlos y vigilarlos. Para compensar los cuantiosos beneficios económicos que el encomendero recibía, le tocaba la obligación de incorporar a los indios al cristianismo y enseñarles la lengua castellana.

Cuando Bolívar dice que la igualdad es “*la ley de las leyes*”, está indicando que —para él— ese principio es el más importante: que entre los hombres no debe haber otra diferencia que la del mérito ganado por cada quien con su comportamiento y con su esfuerzo.

La lucha de Bolívar por establecer la igualdad, por abolir la esclavitud y por dar a todos los sometidos y explotados la libertad; fue también larga, dura y sin fruto. Los sectores poderosos, incrustados en el gobierno de la revolución, hicieron todo lo posible, y en gran parte lo lograron, para que no se modificara la vieja situación. Bolívar combatió a fondo y decididamente en favor de la libertad, por eso es el *Libertador*. Al regreso de Haití, donde un ilustre Presidente que era negro —el magnánimo *Alejandro Petion*— le dio la ayuda necesaria para la prosecución de la guerra emancipadora, prometió de modo enfático en hermosa proclama: “*Ya no habrá más esclavos en Venezuela. Todos los ciudadanos serán iguales ante la ley. Todos seremos para siempre libres, iguales e independientes*”. En Carúpano dictó el decreto respectivo, el cual sometió luego al *Congreso de Angostura*, para su aprobación, diciendo: “*Yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República*”. Aunque él era el jefe, correspondía al Congreso dictar la ley para que la medida revolucionaria tuviera la debida validez jurídica.

Bolívar tenía simpatía por los negros; ellos eran sus amigos, al igual de los indios y los blancos. Él no discriminaba ni despreciaba a nadie por razón del color de la piel de una persona —como el de sus ojos o pelo, su estatura o musculosidad—, es un detalle *accidental* que se debe a la acción del medio físico a lo largo de muchas generaciones. Sabía que todos los seres humanos, somos hermanos. Los cristianos nos consideramos, todos, hijos iguales de Dios; y como tales vemos al prójimo, cualquiera sea su religión. La figura principal de nuestra fe: *Jesucristo*, a quien Bolívar seguía, murió por redimir a toda la humanidad sin ninguna excepción ni distingo.

A los esclavos de su familia él los libertó desde el principio de sus luchas revolucionarias. Cuando él era un recién nacido lo amamantó la negra *Hipólita*, una vigorosa e inteligente mujer de treinta años que trajeron de San Mateo con ese objeto; ella cuidó del niño con amor profundo. Bolívar —incluso siendo el Libertador— la llamaba “*mamá*”. En una de

sus entradas triunfales a Caracas, él la reconoció en la multitud; bajó de su caballo a besarla. A partir de 1823 le fijó una pensión mensual, y desde el Perú se la recomienda a su hermana María Antonia con estas palabras: “*Te mando una carta de mi madre Hipólita, para que le des todo lo que ella quiera, para que haga por ella como si fuera tu madre, su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella*”.

Por mandato suyo fueron anuladas las reglas que impedían a los hombres del pueblo —a los pardos, negros e indios, y a los pobres en general— el ingreso a instituciones como la Universidad. Bolívar abrió esa superior casa de estudios a todos los venezolanos. En el ejército patriota cualquier individuo valiente y capaz podía llegar a los máximos grados, ya no había el límite de *Capitán* para los pardos, como regía antes.

Durante la Colonia había también prejuicios contra los trabajadores manuales. Se consideraba ordinario e infamante todo oficio que requiriera fuerza física; se pensaba que la gente distinguida no debía realizar tareas donde pudiera ensuciarse las manos sino ejercer profesiones delicadas.

Bolívar rompió con esos criterios. Juzgaba que cualquiera actividad era digna y decorosa si se la desempeñaba con honestidad. Los agricultores, carpinteros, albañiles, herreros, sastres, panaderos, zapateros, etc., eran para él tan estimables como los abogados, médicos, profesores, sacerdotes, militares, funcionarios del gobierno, etc. Él mismo, como hemos visto, se comportaba como un alfarero.

Bolívar no se creyó nunca “*superior*” por ser blanco, educado y millonario, ni juzgaba “*inferiores*” a los demás. No tenía prejuicios contra los extranjeros, los invitó con franca cordialidad y con auténtico interés a que vinieran a radicarse en nuestros países. Los llamó a que trajeran su cultura más adelantada, sus ciencias y sus artes, su experiencia, para auxiliarnos en la formación del Nuevo Mundo.

En tiempos del Libertador hubo soldados *ingleses, irlandeses, alemanes, españoles, además de italianos, franceses, brasileños, haitianos, norteamericanos,*

suecos, etc., entre los sostenedores de la revolución. A Bolívar le complacía declarar: “*El hombre de honor no tiene más patria que aquella en que se protegen los derechos de los ciudadanos, y se respeta el carácter sagrado de la humanidad: la nuestra es la madre de todos los hombres libres y justos, sin distinción de origen y condición*”.

Para justicia de los indígenas, en *Perú, Ecuador y Bolivia*, donde había una gran población aborígen, Bolívar dictó expresamente numerosas medidas protectoras. Dispuso que el salario, que previamente debía ser convenido con el obrero, había de pagársele en dinero, no con víveres ni otras mercancías. Bolívar creó escuelas para los indios, eliminó los tributos o impuestos particulares; dispuso, en fin, que se les diera trato igual al de todos los ciudadanos.

El Congreso de Angostura no atendió al ruego del Libertador, y él hubo de volver a insistir sobre el mismo asunto —dos años después— ante el Congreso de Cúcuta. Muchos de los personajes de la revolución eran insinceros, y si apoyaban la Independencia era porque les daba mando y poderío, pero se oponían abierta o disimuladamente a la libertad de los esclavos, porque ellos tenían esclavos a su servicio y aspiraban a seguirlos explotando.

Bolívar percibía que abogar por la independencia y defender las libertades políticas, al mismo tiempo que se mantenía el monopolio de las tierras y se continuaba en la posesión de esclavos, era una abominable *incongruencia*.

Él no incurría en semejante contradicción; él era consecuente con su prédica revolucionaria y coherente con todos sus objetivos. Como él decía, era “*una locura*” que en una revolución de libertad se pretendiera mantener la esclavitud

El servidor de la nación

En la época de la Independencia no había aviones, ni ferrocarriles, ni vehículos a motor: no había autopistas ni carreteras. *Los caminos eran escasos y*

malos; en tiempo de lluvia eran intransitables. No existía radio, telégrafo, teléfono ni televisión. El correo se desplazaba, con las personas, por barcos a vela o remos, a caballo, en burro o a pie. Las distancias que Bolívar recorrió fueron enormes. La sola proeza física que él realizó, desplazándose sobre el tan dilatado mundo que él conoció, lo califica como un hombre excepcional.

A las naciones bolivarianas, hasta ahora consideradas seis —*Colombia, Ecuador, Panamá, Perú, Bolivia y Venezuela*—, si somos fieles a la historia debemos sumar dos más: *Costa Rica y República Dominicana*— en ambas se manifestó espontáneamente el deseo, durante el curso difícil y glorioso de la epopeya, de incorporarse a la empresa política de Simón Bolívar: *la Gran Colombia*. Esas ocho naciones ocupan *más de cinco millones de kilómetros cuadrados*.

Si se mira con cuidado un mapa en relieve de América y se examina el escenario geográfico de las hazañas bolivarianas, la admiración sube de punto. Y más aún si pensamos que toda esa acción era desinteresada, arriesgando a cada instante la vida en un empeño generoso como era el de dar libertad. Él iba siempre emancipando pueblos, peleaba no con el fin de despojar a nadie de sus bienes ni de suprimir derechos, sino para asegurar la dignidad de la persona humana y restituirle el pleno goce de sus garantías y de sus naturales e irrenunciables atributos.

Insistimos en que es ciertamente grandiosa el área de nuestra América que él abarcó en sus redoblados esfuerzos por afirmar la libertad y establecer la democracia. También impresiona la diversidad de asuntos que él tuvo que atender.

Aun cuando la circunstancia política y social en los veinte años de actuación de Bolívar fue generalmente de crisis y guerra, él se esforzó en consolidar un *régimen de derecho*; su sueño era un Continente donde la Constitución y las leyes imperaran. Estableció, cuantas veces pudo, un Consejo de Estado con la gente más ilustrada, serena y honesta, para que

lo asesorara en el Gobierno. Procuró que hubiera y funcionara siempre un Congreso, como la representación cabal del pueblo, para que el mismo pueblo a través de sus elegidos hiciera su ley y juzgara la conducta de sus magistrados.

Como *gobernante*, Bolívar fue un *modelo*. Es admirable no únicamente por su sentido del deber, de la rectitud y la justicia a todo trance. A la hora de escoger a sus colaboradores para las altas posiciones públicas no se guiaba por motivos de capricho o simpatía, sino por las cualidades y los merecimientos de las personas. Él decía que sólo con hombres intachables se puede hacer un buen gobierno. “*Hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las Repúblicas*”. Para el ejercicio de un cargo oficial se requiere aptitud y capacidad; el servicio público es más exigente e importante que el servicio privado porque se dirige a toda la comunidad y no simplemente a algunos individuos. El empleado público debe ser constante y vivo ejemplo de eficacia e integridad moral.

En muchos países de América se ha visto prevalecer un corrompido sistema de amiguismo sin fundamento y de favoritismo familiar a la hora de ofrecer honores y nombramientos públicos. Bolívar era diferente; su procedimiento era otro, así él explicaba en una oportunidad: “*No se me acusará de haber elevado y puesto en los altos destinos del Estado individuos de mi familia; al contrario, se me puede reprochar el haber sido injusto para con algunos de ellos, que seguían la carrera militar*”.

A cada paso reafirmaba su fe en la moral. Hoy se ve al frente de los edificios educacionales un hermoso lema suyo: “*Moral y luces son nuestras primeras necesidades*”. Con esas palabras nos recuerda que —por encima de las materialidades— para hacer la patria está la cultura. Están los principios éticos: la virtud, la verdad, el bien, la justicia, eso es la *moral*. Y están las ciencias, la filosofía, las artes, eso son las *luces*.

Bolívar propuso al Congreso de Angostura crear un Poder Moral. Sería una rama superior del Gobierno tal como el Poder Legislativo o el Poder

Judicial o Ejecutivo. Lo formaría un organismo que se iba a llamar *Areópago* —palabra de origen griego que significa *alto tribunal*—, compuesto por las personalidades más brillantes y respetables de la nación: se agruparían en dos Cámaras, una de Moral y otra de Educación. Atenderían a la instrucción y educación públicas, al fomento de la cultura y demás asuntos afines. La proposición de fundar el Poder Moral no fue acogida por el Congreso de Angostura. El Congreso rechazó muchas ideas de Bolívar, eso prueba que Bolívar no lo presionaba y que ese cuerpo actuaba libremente según su propio parecer.

Es viejo y reprochable el vicio de usar el ejercicio del gobierno para provecho personal del mandatario. El robo al tesoro público se practica desde la antigüedad, y los pueblos no se equivocan al despreciar completamente a aquellos de sus dirigentes que incurren en tan bochornoso delito. Bolívar era inflexible, enérgico y severo contra ese tipo de inmoralidad. A su juicio, el hombre que gobierna debe dar ejemplo de honradez y pulcritud. Bolívar estableció penas drásticas contra la corrupción administrativa. No titubeó al decretar: *“Todo aquel que fuere convencido de haber defraudado los caudales de la renta nacional, será pasado por las armas, y embargados sus bienes para deducir los gastos y perjuicios que origine”*. Mandaba que en los periódicos se dijera la verdad y se denunciara abiertamente a los ladrones del Estado. Para el presente y para el porvenir de América, la intransigencia radical de Simón Bolívar contra los delitos es un principio de saludable proyección que debe mantenerse y ampliarse a todas las inmoralidades.

Fue permanente el respeto de Bolívar a la soberanía popular representada en el Congreso. Sin ocultar nada, escribió en 1828 a su fiel compañero Pedro Briceño Méndez: *“Sobre lo que convenga que haga el Congreso respecto a nuestra forma política, ya he dicho antes mi opinión. Sólo debe hacerse la voluntad del pueblo, y, por mi parte, estoy firmemente decidido a someterme a las deliberaciones de la nación representada en el Congreso Constituyente que debe reunirse, cualesquiera que ellas sean. El Congreso fijará los destinos de*

Colombia, establecerá la forma que más convenga, hará el bien o el mal, y de cualquier modo yo obedeceré su voluntad soberana".

Todo esto se encuentra en armonía con un precepto bolivariano que debe regir siempre nuestra acción, así en los máximos asuntos nacionales como en nuestras asambleas estudiantiles y en todo lugar donde una pluralidad de individuos delibere: "*En los gobiernos no hay otro partido que someterse a lo que quieren los más*". Si bien es digna de consideración una cualquiera y toda persona, la mayoría siempre se halla por encima de los intereses individuales. La esencia de la democracia está en el acatamiento a lo que resuelva la mayoría.

El campeón de la unidad

El pueblo dice: la unión hace la fuerza. Bolívar repetía: "*A la unidad deberemos todo, y todas nuestras lágrimas a las divisiones*". Él quería que los latinoamericanos fuéramos poderosos y respetables, para ello debíamos unirnos. Trabajó todo lo que pudo por la fraterna solidaridad de nuestra América. Realizó grandes campañas, esfuerzos y sacrificios innumerables con ese propósito de fundar y afirmar la amistad y la unión.

Desde el inicio de su interés por la política, Bolívar hizo gala de una amplia mentalidad; de un espíritu superior y generoso. Nunca se redujo ni se limitó a Venezuela exclusivamente, siempre en sus planes y sus sueños abarcó a la América española. Siempre pensó en grande. Pensó por todos en América y para todos.

El hecho de estar situadas estas colectividades unas al lado de otras, sobre un vasto continente común, contribuye a que nos miremos como partes de un todo. Eso lo percibía *Francisco de Miranda* con lucidez anticipada y penetrante. Fue el *Precursor de la Independencia Americana* —trabajó, luchó, vivió y murió no por uno, sino por el conjunto completo de nuestros países—.

A partir de 1810 insiste Bolívar en la misma idea continentalista mirandina, y llega a convertirse en el campeón indiscutido de la unidad latinoamericana. Si él hubiera sido de miras cortas no sale de Venezuela, se queda en Caracas; pero en vez de la estricta y sola comarca natal él prefirió nuestra comunidad hemisférica. Recorrió formidables distancias, se jugó la vida en batallas libradas en muy distintos y distantes lugares; rompió cadenas y dio toda la libertad que pudo. Pensó, además, en la emancipación de *Cuba y de Puerto Rico*, y hasta se ilusionó con ir a *España* a redimir a la Madre Patria del oprobio del absolutismo. Soñó con la liberación del *África* y de las *Filipinas*.

Hay que decir que cuando Bolívar continuaba y acrecentaba la dedicación americanista de Miranda, estaba interpretando el verdadero sentimiento de los venezolanos. Nunca los hijos de Venezuela fueron ni han sido egoístas, ni preocupados nada más que por su suerte ni por su exclusivo y particular interés. Desde la Colonia se ha caracterizado el venezolano por su altruismo que es amplitud en favor de todos los hermanos del hemisferio.

El prestigio del Libertador hizo que en muchos sectores, y por un tiempo, hubiera cierta receptividad para estas ideas de unidad. Ello fue notorio durante la guerra.

Las batallas de *Boyacá* y *Carabobo* liquidan el poder militar español en el norte de la América meridional: a ambas batallas debió la *Provincia de Panamá* (vecina pero distanciada por la falta de comunicación) la posibilidad de su independencia. Cuando, a fines de noviembre de 1821, los panameños resuelven asumir su soberanía disponen sumarse a la República de Colombia creada por Bolívar. Esa *Colombia* bolivariana es la que ahora llamamos *Gran Colombia*, porque englobaba cuatro países: Venezuela, la actual Colombia denominada entonces *Nueva Granada o Cundinamarca*, *Panamá* y *Ecuador* —este último definitivamente libre por la gloriosa acción de Pichincha—.

Bolívar dedicó cinco años —de los veinte que duró su vida pública— a las patrias del Sur: *Ecuador, Perú y Bolivia*. Allí sus tropas ganaron batallas memorables: *Pichincha, Junín, Ayacucho*. Sucre se inmortalizó en esa culminante campaña siguiendo la inspiración del Libertador.

En diciembre de 1824 dio Bolívar, al fin, el paso más trascendental de su trabajo americanista, la *convocatoria* para el *Congreso* de esta América que él quería reunir en *Panamá*. ¿Por qué allí? Bolívar era muy idealista; parecía a veces un poeta, sin dejar de ser un hombre práctico y un luchador concreto. El conocía la historia de la antigüedad y recordaba que los distintos Estados de la península griega —los cuales, por lo demás, tuvieron tremendas guerras entre sí— se reunían a deliberar sobre asuntos comunes en un lugar del *Istmo de Corinto*. El deseaba que el *Istmo de Panamá* fuera para nosotros lo que fue el de Corinto para los griegos.

En esa Asamblea americana —o *Congreso de Panamá*— debía afirmarse de manera solemne la unidad de nuestras patrias. Debía organizarse allí una gran fuerza militar, una flota de todos los países hermanos. Se discutirían leyes uniformes para ser cumplidas en todos los Estados, y se establecería un Consejo permanente que prepararía los demás pasos progresivos hacia la integración. De ese modo, por ejemplo, se debía unificar después la enseñanza, se adoptaría un solo sistema monetario, se coordinaría el comercio, el intercambio científico, etc.

Las resoluciones o acuerdos, tomados por el Congreso de Panamá, no satisficieron al Libertador, quien así veía fracasar otra de sus grandes iniciativas. Contra cada una de sus aspiraciones máximas: libertad de los esclavos, reparto de tierras, unidad hispanoamericana, establecimiento de la democracia, elevación de la moral, etc., los grupos dirigentes —*caudillos y oligarquías*— trabajaron para que ninguna cristalizara. Contra todo lo que él anheló se confabularon los enemigos para destruir su obra.

El llamamiento más insistentemente repetido por Simón Bolívar, desde el inicio hasta el fin de su vida pública, es el de la *unión*. Desde 1810 lo

escribió en *Londres*; también en su primer discurso —que fue en la *Sociedad Patriótica en Caracas*— convidaba a la unión. En más de una oportunidad él explicaba que las derrotas sufridas en la guerra de la independencia se debían a la desunión de los patriotas. En *Angostura* repite: “*Unidad, Unidad, Unidad debe ser nuestra divisa*”. Al despedirse de sus conciudadanos en Santa Marta, una semana antes de morir, dijo: “*Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión*”.

El magisterio americano

Hubo *tres* asuntos a los cuales Simón Bolívar concedió su atención de un modo minucioso y preferente. En apariencia eran tres temas separados y muy diversos, pero la verdad es que tenían una íntima relación entre sí. A cada uno él lo atendió —desde la base hasta la cumbre, de lo menor a lo mayor— en todas sus facetas. Esos tres asuntos fueron: la *guerra*, la *diplomacia* y la *educación*.

Las tres materias se conectan en verdad estrechamente; son aspectos complementarios de una misma y determinante tarea: la de construir un mundo nuevo en el Nuevo Mundo, o sea, hacer una patria grande, moderna y revolucionaria.

La *guerra* se dirige a derrotar los enemigos. Busca barrer los obstáculos para que nuestros pueblos recobren su soberanía, y puedan darse por medio de su voto y por su libre voluntad los gobiernos que ellos quieran. La guerra fue necesaria para permitir al pueblo escoger conductores nacidos de su propio seno, no extranjeros ni individuos impuestos por un rey ni por un gobierno del exterior. La guerra permitiría —al completarse la liberación— elegir los representantes que habían de dar leyes a nuestra patria autónoma. La guerra era un sacrificio inevitable y forzoso para alcanzar la libertad.

La *diplomacia* procura —ya independizado un país— que éste pueda relacionarse y comunicarse con los otros, empezando por los más cercanos

y parecidos. La diplomacia cuida del intercambio y la cooperación. El objeto de la diplomacia en nuestra América debía ser, de manera principal, el lograr la unión para fortalecernos todos y avanzar juntos.

La *educación* va encaminada a formar las generaciones del mañana; a facilitar que la cultura pase de los adultos a los jóvenes. Cada pueblo tiene un patrimonio espiritual (ciencia, arte, filosofía, religión, moral, etc.) y la vía o el medio para transmitir esa herencia a la gente nueva es a través de la educación.

Bolívar atendió a esas tres cuestiones en sus más elementales detalles. Se esmeró en considerar hasta las más complejas implicaciones de cada una. En la *guerra* cuidó —como antes recordamos— desde los clavos para las herraduras de los caballos, desde las galletas, los plátanos, la carne y la harina para sustento de las tropas, desde los uniformes, la pólvora y el armamento, hasta los planes para las grandes acciones militares: Boyacá, Carabobo, Bomboná, Junín... Estudió también la estrategia para la defensa integral de América cuando se temía un ataque de los gobiernos reaccionarios de *Europa* coaligados en lo que se llamó la *Santa Alianza*.

En relación con la *diplomacia*. Bolívar se ocupó también de todo. Desde instruir a los improvisados y noveles diplomáticos de su país, hasta la concepción del *Congreso de Panamá*, y más allá hasta el magnífico anhelo de un nuevo orden universal.

El tema de la *educación* fue considerado por él. Se puede decir que en tan importante cuestión lo cubrió todo, se afaná por conocerlo todo, por abarcarlo todo. Dio recomendaciones sobre el modo de enseñar a leer a los niños. Llegó hasta planificar lo que hoy se llamaría una *Reforma Universitaria*.

Cuando estuvo en Londres conoció a un educador inglés —*Joseph Lancaster*— que había inventado un sistema pedagógico por el cual un solo maestro, ayudado por los mejores alumnos, podía dirigir e instruir hasta mil niños. Bolívar se interesó y logró —quince años después— que ese inteligente profesor viajara a *Caracas* a poner en práctica su novedoso método.

Durante sus gobiernos dictó *más de cuarenta decretos* sobre educación. Transformó viejos y abandonados conventos en escuelas. Hizo obligatoria la enseñanza para los niños. Se ocupó de la educación femenina. Planificó la selección y el envío de estudiantes becados a *Europa*. Mantuvo correspondencia con editores y artistas.

En *Guayaquil* fundó una *Escuela Náutica*. Proyectó la *Escuela Militar de Caracas* y dispuso la creación de la *Escuela Militar de Bolivia*. Decretó una *Universidad* para la ciudad de *Trujillo* (Perú). Reformó los viejos métodos de instrucción e impuso innovaciones provechosas.

Incluso se ocupó de la recreación infantil; estimaba que los juegos para los pequeños eran tan necesarios como el alimento. Defendía la enseñanza de las buenas costumbres, y de los sanos hábitos sociales, porque él deseaba que en los niños hubiera caballerosidad, decencia y elegancia.

Abrió la *Universidad de Caracas* a todos —antes era exclusiva de los blancos y ricos—. Fomentó los estudios de medicina y matemáticas. Estableció premios para los catedráticos que escribieran o tradujeran buenos libros de enseñanza.

Bolívar alentó los estudios prácticos y de artes manuales, entonces subestimados. Refiriéndose al sobrino *Fernando*, dijo que si éste se inclinara a aprender mecánica o agricultura él “*lo celebraría*”, pues el país necesitaba mecánicos y agricultores para ser más próspero. Para el Libertador la educación debía *ser gratuita*. Todos debían tener la posibilidad de aprender para superarse. El sostenía que únicamente aquellos individuos que sabían leer y escribir y tenían un oficio, eran en realidad “*ciudadanos*”.

Arriba, siempre al frente

Majestuoso el río, imponente la selva vecina, *Guayana* es tierra rica y fascinante. Por entre estas aguas oscuras y estos bosques sombríos buscaron los conquistadores El Dorado.

La permanencia en *Angostura* por 1819— es una de las etapas cumbres en la vida de Bolívar. Está casi en mitad de su existencia política; podría de-

cirse que ya ha pasado lo peor. Ahora presiente grandes triunfos, en Venezuela y más allá. Para todo ello se ha preparado en los tremendos años del inicio, época del auge de Monteverde y Boves, y del dramático peregrinaje por el Caribe. Ahora, por fin, todo empieza a cambiar y a darle base sólida para impulsar con seguridad la obra revolucionaria.

En Angostura, con el *Estado* debidamente establecido —pues ya existen las magistraturas, el *Consejo de Estado*, el *Congreso*, el periódico...— las perspectivas son más claras. Todavía Morillo y las tropas del Rey dominan parte considerable de Venezuela, pero los patriotas se vienen acercando paulatinamente a un equilibrio de fuerzas que les traerá pronto la victoria. Al principio los patriotas eran una minoría, ahora están equiparándose a sus adversarios y en breve los superarán.

La estrategia militar tiene sus razones que la gente común, generalmente, no entiende con facilidad. Para Bolívar, en vez de salir de Angostura hacia Caracas a libertar el resto de Venezuela, lo aconsejable en aquel momento es pasar a la *Nueva Granada*. De esa manera se ampliaría el área libre, y de allá se regresaría con más recursos y mejores posibilidades al encuentro decisivo. Eso es lo que hace Bolívar. En la guerra es muy importante la sorpresa, lo inesperado es casi siempre beneficioso.

En la peor temporada del año para un desplazamiento militar —época de lluvias sin parar, de ríos crecidos y sabanas inundadas, de escasez de alimentos y vestuario— el Libertador organiza sus tropas y, en combinación con Santander, prepara la *Campaña de la Nueva Granada*. Para llegar allí por donde menos se les espera, es preciso acometer algo que parece imposible: remontar los *Andes*. Con tropas llaneras, no acostumbradas al frío, cruzó Bolívar los páramos cubiertos de nieve. En el trayecto se perdieron muchas vidas por la inclemencia de la naturaleza, pereció todo el ganado que se llevaba para sustento de las tropas; muchos caballos se despeñaron de las alturas. Valiosas cajas de material bélico rodaron por los abismos, pero el coraje de los patriotas guiados por Bolívar se sobrepuso, una vez más, a la adversidad.

Un acreditado general francés ha dicho que el *Paso de los Andes*, en aquellas singulares condiciones, es “el episodio más sorprendente de la historia militar del mundo”. Los combatientes seguían a Bolívar derrochando valor, animados por la idea de la gloria que era su recompensa, fieles a su deber. En medio de aquellas gélidas soledades, para darse calor activando la circulación sanguínea, los combatientes se flagelaban unos a otros. Los vientos con aire enrarecido no cesaban. La neblina y la oscuridad impresionaban mucho a los llaneros acostumbrados al calor y la luz de sus sabanas. La lluvia que calaba los huesos como agujas de hielo, era permanente.

El resultado correspondió a los sacrificios, y la victoria premió a la abnegación. *Gámeza y Pantano de Vargas* fueron los dos primeros encuentros triunfales. Después se dio la decisiva *Batalla de Boyacá* —agosto 7 de 1819— y quedaba libre la Nueva Granada.

Retornó Bolívar a Angostura. El Congreso le rindió honores, y aprobó su proposición de crear la *República de Colombia*.

Para el año siguiente la situación evolucionaba a favor de la Independencia, las fuerzas realistas disminuían y, paso a paso, perdían el terreno que otrora dominaron. El *General Pablo Morillo*, quien mandaba las tropas del Rey y había venido de España con una importante expedición, recibió instrucciones para negociar con los patriotas y discutir con ellos sobre la guerra y la paz.

En la aldea de *Santa Ana* (Estado Trujillo) se celebra una entrevista de los dos grandes contrarios: *Bolívar y Morillo*. Lo extraordinario es que, por fin, en esta oportunidad *Venezuela y España* hablan de igual a igual. Por primera vez España reconoce que Colombia —y, en ésta, Venezuela— es nación de respeto.

El Libertador muestra, con la entrevista, como los enemigos más hostiles pueden, sin embargo, aproximarse y tratar de entenderse.

Morillo concurrió al encuentro con una numerosa guardia personal, que retiró cuando supo que Bolívar asistía sin escolta. “*Mi antiguo enemigo me*

ha ganado en generosidad”, comentó Morillo. Poco antes de la reunión de Santa Ana, americanos y españoles suscriben varios convenios de especial significación: Acuerdan un *Armisticio* —es decir, una tregua o suspensión temporal de la lucha— por seis meses, para discutir luego un pacto final de paz. Se firma también el *Tratado de Regularización de la Guerra*, esto es, de normalización y sobre todo de humanización de la contienda. Hasta entonces la guerra era a muerte, no se respetaba a los rendidos, ni a los heridos ni a los capturados.

La calidad moral del Libertador resplandece en el brindis pronunciado en el banquete que ofreció a Morillo: “*A la heroica firmeza de los combatientes de uno y otro ejército; a la constancia, sufrimiento y valor sin ejemplo; a los hombres dignos que, al través de males horribles, sostienen y defienden la libertad; a los que han muerto gloriosamente en defensa de su patria o de su gobierno; a los heridos de ambos ejércitos que han mostrado su intrepidez, su dignidad y su carácter... Odio eterno a los que deseen sangre y la derramen injustamente*”.

Con certera clarividencia el Libertador sabe, por los meses finales de 1820, que pronto viene el desenlace definitivo. Al romperse el armisticio —en abril del año siguiente— Bolívar dispone que las fuerzas de *Oriente, los Llanos, los Andes y el Zulia*, marchen a reunirse en las sabanas de *Aragua y Valencia*.

Todo anuncia que el fin de la guerra en Venezuela es inminente. El sábado 23 de junio, en el campo de Tinaquillo, Bolívar ordena formar las tropas con su mejor gala, pasa revista y les dice: “*Mañana seréis invictos en Carabobo*”.

Y el hombre fue profeta. El día de gloria es el *24 de Junio*: para siempre se libera Venezuela. Ello se alcanza con la magna *Batalla de Carabobo*. A las once de la mañana empezó la acción que ya al mediodía estaba positivamente resuelta en favor de la Independencia. Bolívar comunica, en tono sobrio y digno, al presidente del Congreso General grancolombiano: “*Hoy*

se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”.

En Carabobo no terminaron los sacrificios. Hubo que volver a Cundinamarca (actual Colombia), y otra batalla: *Bomboná*, confirma, también para siempre, la libertad del querido país hermano.

Dejando al General Francisco de Paula Santander encargado de la Presidencia, Bolívar emprendió la *Campaña del Sur*. Nuevas y formidables experiencias lo aguardan en este recorrido hacia las tierras donde floreció el imperio de los incas.

Se necesita constancia en el esfuerzo que conduce a la victoria. La patria exige dedicación, paciencia, trabajo, mucho trabajo. “*Para el logro del triunfo —recuerda Bolívar— siempre ha sido indispensable pasar por la senda de los sacrificios*”.

En medio de las sobrecogedoras soledades andinas, la simple marcha de las tropas era ya una hazaña. A cada paso, del fondo de un barranco profundo, había que preguntar a los que iban bordeando la cumbre si el camino seguido era el verdadero. La respuesta se daba con cornetas, y a menudo ocurría que ambas partidas habían perdido el rumbo y hallábanse extraviadas. Los múltiples y cruzados toques de clarín a lo largo de los mil pedazos de la línea, los gritos de los oficiales a sus soldados distantes, los relinchos y rebuznos de las bestias, se fundían en un singular concierto que resonaba espantosamente en la sombra de las desérticas y heladas alturas... Pero allí iba la fe por la libertad, personificada en Bolívar y Sucre y sus seguidores, abriendo la ruta de la redención y la grandeza americanas.

La lucha había sido terrible en la región meridional de Nueva Granada; en la zona de Pasto, la mayoría de los pobladores era ciegamente adicta al rey. Vencidas las incontables dificultades y superada la terca oposición local, los hombres de Bolívar, comandados por el joven General *Antonio José de Sucre*, ganan en *Pichincha* la libertad del Ecuador.

Luego en el Perú, le correspondería a Bolívar rehacer y completar los empeños emancipadores del ilustre paladín argentino General *José de San Martín*. Este había proclamado en 1821 la independencia peruana. Venía de su hermoso país, a orillas del *Río de la Plata*, ya libre por virtud de su valor; había además libertado a *Chile* y entrado jubilosamente en la virreinal *Lima*.

Se conocieron en *Guayaquil* los dos supremos capitanes de América. El del norte: *Bolívar*, el del sur. *San Martín*: ello sucedió el 26 de julio de 1822. Allí se entendieron los dos sobresalientes libertadores. San Martín tuvo como meta de sus esfuerzos la libertad de América. Sentía y buscaba también la unidad. Fue un combatiente ejemplar y un político de singular valor.

San Martín se retiró de la política tras haber combinado con *Bolívar* la unión de los ejércitos de ambos para asegurar el fin de la guerra. Al regresar de la conversación guayaquileña, donde Bolívar le obsequió una miniatura de su rostro pintado en marfil. San Martín proclama en Lima con plena sinceridad: “*Tuve la satisfacción de abrazar al héroe del sur de América. Fue uno de los días más felices de mi vida. El Libertador de Colombia auxilia al Perú con tres de sus bravos batallones. Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar*”. El eco de la franqueza sanmartiniana repite para los siglos: satisfacción de abrazar al héroe... fue uno de los días más felices de mi vida... ;reconocimiento eterno al inmortal Bolívar...!

La presencia de *Bolívar en el Perú* constituyó un verdadero impacto *social*. Muy avanzadas fueron sus disposiciones en beneficio de la igualdad. Favoreció a los indios con normas justas y nuevas sobre trabajo, tierras y salarios. En materia *política* buscaba allá, lo mismo que en *Venezuela* y *Colombia*, edificar la nación del porvenir en democracia, justicia y libertad. Sobre la *educación* marcó su sello revolucionario. Don Simón Rodríguez lo acompañó en los propósitos de afirmar y estimular la civilidad y la cultura.

Bolívar se hallaba en *Pativilca* cuando supo que Don *Simón Rodríguez* había vuelto a América. Entonces el discípulo que se encuentra en el tope de la fama y del poder, escribe al viejo maestro una de las cartas más notables de su vida. Se calcula que Bolívar escribió unas diez mil cartas, las más de ellas se perdieron; ésta, a su preceptor y amigo adorado, tiene por muchas razones un valor único. En ella esplenden la gratitud y el cariño: “*¡Usted maestro mío, cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! ¡Con qué avidez habrá seguido Ud. mis pasos; estos pasos dirigidos muy anticipadamente por Ud. mismo! Ud. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que Ud. me señaló.*”

Bolívar amaba con cariño desbordante a los *maestros*. Bien sabía que era muy arduo ese oficio de formar ciudadanos, de preparar a los hijos que deben conservar, ilustrar y defender la patria. También a *Andrés Bello* —su instructor y camarada de Caracas, quien andando el tiempo llegaría a ser el primer intelectual de América— lo recordaba con afecto. “*Yo reconozco —decía Bolívar— la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío; fue mi maestro cuando teníamos la misma edad y yo lo amaba con respeto.*”

Los años de *Bolívar* en el Sur tendrán para él encanto cierto. Constituirán quizá la etapa *más feliz* de su dura existencia. Lo acompaña con total consagración, prodigándole su amor y sus cuidados, *Manuela Sáenz*, una bella quiteña, inteligente y valerosa, quien se dedicó a él con pasión absoluta hasta el fin. Manuelita—como era llamada— desafió a los convencionalismos de aquellas sociedades conservadoras. Varias veces salvó la vida del Libertador.

Tanto en el Perú como en *Bolivia* los pueblos acogieron al Padre de la Patria con vivas y sinceras manifestaciones de filial cariño.

La multitud pugnaba por acercarse a él con efusión desbordante. A sus ojos volvía la escena de las muchedumbres de París —veinte años atrás— aclamando a Napoleón. Ahora el centro era él, y en cuanto al motivo no

podía haber otro más plausible: traía la libertad, rompía los yugos y cadenas de la opresión trisecular.

En su visita por esos países hermanos, Bolívar fue corrigiendo injusticias, abriendo escuelas y tomando medidas para el progreso. A su lado iba Don Simón Rodríguez, era su consejero y su asistente. Una tarde llegaron al *Cuzco*, la ciudad que otrora fue cabeza del imperio incaico. Las ruinas majestuosas de aquella civilización memorable llenaron de admiración a Bolívar. ¡Era el *reino del Sol*! Allí una raza posteriormente esclavizada dejó el testimonio monumental de su arquitectura y de su perdurabilidad.

Para aquellos venezolanos de tierra caliente, donde los vestigios indígenas eran escasos y muy simples, pues las tribus que acá hubo figuraron entre las menos adelantadas, la visión de esta cultura superior resultaba una novedad deslumbrante.

Con sus oficiales comentaba Bolívar estas experiencias; todos se sentían como fascinados exploradores de otro planeta.

Junto al Libertador, y depositario de su integral confianza, estaba *Antonio José de Sucre*. Ninguno de los generales de Bolívar superó a Sucre en fidelidad. Este guerrero y estadista excepcional fue la única persona que mereció del Padre de la Patria el honor de ser biografiado y —más aún— estando vivo. El estilo bolivariano es brillante al relatar la existencia del egregio cumánés: “*Él era el alma del ejército en que servía. Él metodizaba todo: él lo dirigía todo, mas, con esa modestia, con esa gracia con que hermosea cuanto ejecuta. Para el General Sucre todo sacrificio por la humanidad y por la patria, parece glorioso. Ninguna atención bondadosa es indigna de su corazón: él es el general del soldado. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo, que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veíamos forzados a desfilar sobre riscos, gargantas, ríos, cumbres, abismos, siempre en presencia de un ejército enemigo, y siempre superior. La Batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina*”.

En *Potosí* recibe el héroe caraqueño un homenaje consagradorio y definitivo: dos plenipotenciarios de la fraterna nación argentina van a ofrecerle el “*Protectorado de la América*”, es decir, la inmensa gloria de cuidar la libertad del continente.

Grandes festejos, corridas de toros, banquetes, bailes y fuegos artificiales, y muchas otras manifestaciones de júbilo popular, se sucedieron durante las siete inolvidables semanas que vivió Bolívar en Potosí.

El tema de la libertad, como lo hemos recordado tanto, era para Bolívar el principal. Las metas de su vida fueron —a la par— la libertad y la gloria. Decía: “*Yo he combatido por la libertad y por la gloria, y no por mi engrandecimiento*”.

En una frase digna de ser grabada en bronce nos dio la advertencia del desinterés: “*Siempre he pensado que el que trabaja por la libertad y la gloria no debe tener otra recompensa que gloria y libertad*”.

Él define a la gloria como “*el más poderoso estímulo, para que los hombres arrostran peligros, olvidándose de sí mismos, por la felicidad de sus conciudadanos*”. En otra ocasión, dijo: “*La gloria no es mandar sino ejercitar grandes virtudes*”. En una sola frase lo encerró todo: “*La gloria está en ser grande y en ser útil*”.

Conviene insistir en el concepto que tenía Bolívar de la grandeza, así explicado: “*Las cualidades eminentes que caracterizan al hombre grande son: valor para arrostrar el peligro, inteligencia para vencer, amor a la patria y odio a la tiranía*”.

No se puede decir que un personaje es *grande* si no demuestra valor, coraje o bravura ante el peligro. Debe también poseer inteligencia superior, y, además, ser un patriota fervoroso, servidor de su pueblo, fiel a la democracia y la libertad.

Bolívar es muy grande porque, además de todo eso, fue bueno y generoso.

Piloto en la tempestad

No pocas penas amargaron los últimos tiempos de Bolívar. Las incomprendiones políticas y los divergentes intereses animaron muchos odios e intransigencias. El antagonismo o la oposición era, por regla general, entre gente de buena fe pero con ideas y fines que ellos consideraban irreconciliables. Había, además, grupos de enemigos radicales del Libertador, los cuales cada vez más enconados, no vacilarían en intentar hasta el asesinato.

En los conciliábulos conspirativos de 1828, en Bogotá, uno de los vehementes confabulados iba a componer estos versos de malévolos ingenio:

“Si a Bolívar la letra con que empieza y aquella con que acaba le quitamos, oliva —de la paz, símbolo— hallamos. Eso quiere decir: que la cabeza al tirano, y los pies, cortar debemos si es que una paz durable apeteceemos”.

Por causa de la crisis conocida en Venezuela con el nombre de *La Cusiata*, Bolívar tuvo que salir de Lima hacia Caracas, en agosto de 1826. El no veía la ciudad de su cuna desde hacía cinco años.

José Antonio Páez, caudillo en rebeldía contra la Constitución y contra el Gobierno central con sede en Bogotá, era el jefe de los departamentos venezolanos. *Francisco de Paula Santander*, encargado de la presidencia grancolombiana, nada hizo para que desapareciera la tensión existente entre neogranadinos y venezolanos. Es justo decir que si entonces Páez y su gente no querían la república grande porque la capital no estaba en Venezuela, los neogranadinos de aquel tiempo tampoco la querían porque no les gustaba estar mandados por venezolanos. Además, Venezuela necesitaba del subsidio monetario de aquella otra parte de la república, y ésta consideraba tal hecho como un perjuicio.

Es bien grotesca la paradoja: el peligroso pleito separatista entre las secciones de esa Gran Colombia sucede, precisamente, cuando Bolívar desde

el Perú se halla empeñado en promover la unidad superior, la que debía surgir del Congreso de Panamá: una Hispanoamérica solidaria.

Con toda la celeridad que era posible, se vino el Libertador a tratar de dominar y apaciguar las pasiones divisorias. Lo consiguió superficial y transitoriamente. Páez volvió a acatar al gobierno y la ley de la gran República.

Para disipar la tormenta política era necesario una reforma en la estructura del régimen; con tal objeto se convocó a una convención especial que se reuniría en *Ocaña*. Nada se pudo hacer allí. Las pugnas anárquicas y disolventes seguían creciendo para destruirlo todo.

Forzado por los hechos de tan dramáticos momentos, y aclamado por los pueblos que en él tenían un protector sincero, Bolívar hubo de asumir el mando general. Se le dio el título que en ocasiones graves, como esa, era usado por los romanos: *Dictador*.

Aclaremos que este gobierno de Bolívar no fue como los muchos regímenes de oprobio, que después ha padecido América, llamados también “*dictaduras*”. Estas, más propiamente, son tiranías, vale decir: autocracias personalistas, rapaces, sanguinarias, interminables, corruptas y envilecedoras. El gobierno “*dictatorial*” de Bolívar se sometía al derecho, se autodeclaraba transitorio y fijaba previamente el término para su corta duración. Al asumir el mando, el Libertador hizo lo que no ha hecho ninguno de los “*dictadores*” americanos: garantizar la reunión de los legítimos representantes de la nación en una fecha precisa.

Bolívar aprovechó la “*dictadura*”, que en efecto suspendía al Congreso por cierto lapso —y que concentraba en sus manos una parte apreciable del poder, no la totalidad— para tomar medidas importantes, deseadas por el pueblo. Así, entre otras cosas, ordenó activar todo lo concerniente a la *abolición de la esclavitud*, impulsó la *instrucción pública*, también mandó hacer realidad el *reparto de tierras* para los indios. La dictadura fue su último intento por hacer tangible y concreta la revolución.

Los enemigos, actuantes en Bogotá, cada día más fanáticos, prepararon con minuciosidad un plan de subversión y muerte, el cual estallaría el 25 de *septiembre* en la noche. Antes habían proyectado varias veces asesinarlo, pero siempre fracasaron. Esa triste noche septembrina llegaron los conjurados al palacio presidencial. Ultimaron a cuatro centinelas y al edecán *Guillermo Ferguson*. En su criminal acometida hicieron ruido. *Manuela Sáenz* acompañaba a Bolívar, quien estaba algo enfermo. Ella lo ayudó a saltar por una ventana. Luego, con gran entereza, salió a detener a los facinerosos; discutió con éstos, y así ganó tiempo el Libertador para ponerse a salvo.

A raíz de esta ocurrencia, la salud de Bolívar flaqueaba de modo notorio. Él siempre había sido muy resistente a las fatigas y la intemperie. Aunque físicamente no era robusto, era fuerte y sano. En las campañas vivía al igual que los soldados, sin reservarse ningún privilegio. En general se alimentaba frugalmente, prefería la arepa de maíz al pan de trigo, comía más legumbres que carne; casi nunca probaba dulces, pero sí muchas frutas. Le gustaba a Bolívar hacer ensaladas y se preciaba de hacerlas mejor que nadie, decía que eso lo había aprendido en Francia. No fumaba, detestaba el olor a tabaco; no bebía licor. Nadie lo vio nunca borracho.

La ingratitud llenó el espíritu del Libertador de aflicción y desencanto. Los sectores más influyentes —para ese momento— de la Gran Colombia que él había formado no lo amaban. En *Venezuela* era aborrecido por los alzados gobernantes, los cuales llegaron hasta prohibirle que pudiera regresar a su tierra natal.

No existe angustia mayor que verse arrojado del país donde se ha nacido y por el cual se han hecho todos los sacrificios. No puede él sufrir pena más honda que contemplar cómo aquellos que le deben el ser, la libertad y la dicha, lo niegan, calumnian, y difaman.

Conforme a lo prometido, el Libertador entregó el mando en enero de 1830. En su mensaje de despedida, señala con sincera desesperanza que

ha sido enorme el estrago de la guerra: apenas se consiguió la autonomía política. Dice que es inmenso el saldo negativo de las pasiones desatadas, especialmente en comparación con lo logrado. El precio por la *Independencia* resultó excesivo; la intransigente desorientación de sus compatriotas impidió un avance mayor.

Desprendido de la responsabilidad del mando, cansado y enfermo, Bolívar quería marcharse a *Europa*, o por lo menos a las Antillas que estaban más cerca —él esperaba que *Jamaica* le diera asilo—. Los grupos dominantes de Nueva Granada y de Venezuela lo repudiaban; en sus panfletos lo agredían y vituperaban sin respeto ni piedad. Su salud seguía de mal en peor. Los adversarios parecían determinados a no ahorrarle ningún sufrimiento. Se llegó a comunicarle oficialmente que las autoridades de la *Venezuela* insurrecta habían dispuesto que cualquiera de los destacamentos fronterizos podía fusilarlo si intentaba pisar territorio venezolano. Se le hizo saber, además, que el gobierno separatista de Venezuela nunca trataría con la *Nueva Granada* mientras Bolívar permaneciera allá.

Para julio se encontraba el Libertador en el importante puerto de *Cartagena*. Ahí lo alcanza, primero como un espantoso rumor, la noticia, luego confirmada, del vil asesinato de su fiel camarada *Antonio José de Sucre*, el más puro y eminente de sus oficiales, a quien él miraba como su probable sucesor.

La carta de condolencia a la viuda del gallardo cumanés, posiblemente es la pieza más conmovedora del nutrido epistolario bolivariano: “*No concibo, señora, hasta dónde llegará la opresión penosa que debe haber causado a Ud. esta pérdida tan irreparable como sensible; únicamente me atrevo a juzgar por mí mismo lo que pasará por una esposa que lo ha perdido todo de un golpe y del modo más bárbaro. Todo nuestro consuelo, si es que hay alguno, se funda en los torrentes de lágrimas que Colombia entera y la mitad de la América deben a tan heroico bienhechor. Por mi parte, reciba Ud. la expresión más sensible de mi profundo dolor por la muerte de un amigo, el más digno de mi eterna*

gratitud por su lealtad, su estimación y los servicios que le debíamos. Dispéñeme Ud., señora, que deje de continuar esta carta, porque no sé cómo expresar lo que mi ternura siente por Ud. y por mí”.

En los escritos del Libertador, donde —conforme a su excelente metáfora— estaba su *“alma pintada en el papel”*, se encuentran muchas autodefiniciones de su tarea. En todas ellas, con cierta melancolía poética, están expresados el signo y la magnitud de su papel histórico, el drama del *“hombre solo”* como se llamó tantas veces. Cuando hacia 1820 se mira a sí mismo, considera que nadie lo sobrepasa como *“arquitecto de castillos en el aire”*. En su mejor momento se vio *“metido a alfarero de Repúblicas”*. Para la crisis de 1830, cuando la patria y la vida van como en tumbos hacia el caos, la imagen —dice— es la de *“un navío combatido por las tempestades y las olas: sin timón, sin velas, sin palos, ¿qué podrá hacer el piloto?; necesita de quien remolque al buque y lo lleve al puerto. Yo soy este piloto que nada puedo”*.

Ahora, en el prematuro ocaso de la vida, su visión es la del torturado en la faena ardua e inútil que una y otra vez las olas tornan vana: la del hombre que ara en el mar. Así concebía él —en la pesimista proximidad de la muerte— que había sido su existencia.

Pero no estaba en lo cierto. *¡No había arado en el mar!* Dejaba a América una lección: su vida, sus esfuerzos, sus ideas. Cuando las lecciones son buenas, son positivas e inmortales.

Bolívar vivirá por siempre en la conciencia y el corazón de sus compatriotas justos y esforzados.

He trabajado con desinterés

Bolívar, vencedor de tantas cosas, no pudo vencer nunca la aversión que sentía contra las medicinas. Su vigor se iba consumiendo velozmente. El 6 de noviembre de 1830, escribe: *“Mi mal se va complicando y mi flaqueza es tal que hoy mismo me he dado una caída formidable, cayendo de mis propios pies sin saber cómo y medio muerto”*.

Procurando embarcarse hacia el exterior, pues sin miramientos casi lo echaban de Colombia la grande, Bolívar llegó a Santa Marta. “*Los tiranos de mi país me lo han quitado; así yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio*”, era su declaración dolida. Esperaba un navío; vendría la muerte.

Su adicto y leal *Urdaneta* le ha propuesto tomar el poder por la fuerza. Bolívar, aunque aniquilado por la tuberculosis tiene energía suficiente para recordarle el deber de respetar la ley y de someterse estrictamente a la voluntad popular.

A una legua de *Santa Marta* se encuentra la *Quinta de San Pedro Alejandrino* que un hidalgo español —*don Joaquín de Mier*— pone a disposición del Libertador. Cuando, el 6 de diciembre, aquél acompaña a Bolívar en el traslado para esa residencia, quiso la esposa conversar con el Padre de la Patria: “*Imposible* —respondió el señor Mier— *¿no ves su estado? No puede dar un paso*”. Bolívar, el gentil caballero de siempre, trató de incorporarse en el coche y tuvo para su amable anfitriona la última de sus galanterías: “*¡Señora, aún me quedan alientos para ir a besar a usted las manos!*”.

Como en furioso tropel de fieras desbocadas llegan al Libertador los testimonios de la ingratitud de sus compatriotas. Se escuchan como aullidos y ladridos de una jauría colérica. Él responde con la sublimación de su magnanimidad: *Perdona*. Perdona a sus compatriotas; sin excepción los sigue amando. Sobre todo a los inocentes, a los que vendrán en el curso fluido de las generaciones, los redime del oprobioso baldón de hijos inicuos. Al decreto de su proscripción responde sin rencor, con toda la nobleza que sólo es posible en un alma superior: “*Es mi voluntad, que después de mi fallecimiento mis restos sean depositados en la ciudad de Caracas, mi país natal*”.

En su testamento tiene otras delicadezas: Devuelve a Bolivia la medalla que le presentó el Congreso de aquella República, y así lo certifica “*el afecto que aún en mis últimos momentos le conservo*”. Dispone que se envíen a la Universidad caraqueña los dos volúmenes que su amigo el General Sir Robert Wilson le había obsequiado, y los cuales pertenecieron antes a

Napoleón: “*El Contrato Social*”—un libro de paz— y el “*Arte Militar*”—un libro de guerra—.

La proclama de despedida contiene un juicio exacto sobre su vida: “*Ha-béis presenciado mis esfuerzos por plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono... He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad...*”.

Una vez más, decía Bolívar una absoluta verdad: había trabajado con desinterés; era auténtico su desprendimiento... Este punto, al concluir el relato de su vida, bien merece una más detenida consideración. Bolívar inició su carrera política siendo rico. Estuvo en el apogeo del mando: gobernó a *Venezuela, Colombia, Panamá, Ecuador*, fue jefe indiscutido del *Perú*, creador y padre —también autoridad suprema— de *Bolivia*. En todos esos años mandando en seis naciones, perdió su cuantiosa fortuna. *Los cuatro millones de pesos* que él tenía en 1810 se consumieron en *veinte años* de acción política esforzada y generosa, tan sólo le quedaban las tierras de Aroa, hipotecadas, que eran herencia de sus abuelos, y unas pocas e insignificantes alhajas. Ni una casa, ni dinero, ni muebles, ni valores, ni bienes.

Sus sueldos fueron siempre repartidos entre personas necesitadas. A su aya *Hipólita*, a la viuda del prócer *Camilo Torres* y a las de muchos otros combatientes, a las madres e hijos de soldados los socorría con sus ingresos. De sí propio había dicho: “*Yo moriré como nací, desnudo*”. Para amortajar su cuerpo exánime hubo de utilizarse una camisa del *General José Laurencio Silva*.

Todavía hay algo que añadir. ¿Cuánto recibía Bolívar en dinero mientras era, simultáneamente, *Presidente* de la *Gran Colombia* y *Jefe Supremo* del *Perú*? La respuesta sorprende por insólita: ¡Nada! Él mismo explicó a Santander tan inusitada situación: “*Diré a Ud., de paso, que mi posición actual es tan rara que no tengo con qué vivir, siendo a la vez presidente de Colombia y dictador del Perú. Por no ponerme a gajes de este país, no cobré el sueldo que*

me asignaron, y no teniendo autoridad en Colombia, ya no puedo pedir sueldo allá. Así es que estoy pidiendo dinero prestado, y tendré que vivir de prestado hasta que vuelva a Guayaquil". En 1828, escribió: "*Quisiera tener una fortuna material para dar a cada colombiano; pero no tengo nada: no tengo más que corazón para amarlos y una espada para defenderlos*".

En su última proclama el Libertador repite su llamado a la unión. Que nos unamos todos, es su ruego postrero. Menciona a las banderías o facciones con el nombre que entonces se les daba: partidos —"*Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro*"— pero no se refiere a los partidos políticos, los cuales aparecen mucho después de su muerte, y son imprescindibles para la democracia. Bolívar era un demócrata cabal, pensó en un *Poder Electoral* dentro de la Constitución boliviana, no podía ser contrario a la existencia de partidos políticos. Bolívar pide que cesen las facciones regionalistas, las divisiones locales entre venezolanos y neogranadinos para que se consolide la unión grancolombiana.

Leer a Bolívar es un provechoso ejercicio moral e intelectual. Si revisamos sus escritos hallaremos las expresiones que respectivamente él consagra a cada comunidad americana dentro del sentimiento de amplitud que lo caracterizó siempre. Él había ofrecido desde 1815 que los suspiros últimos de su existencia serían por la patria, por nuestra América, a la cual se debía por entero y para la eternidad de los siglos. En su proclama final cumple: "*Mis últimos votos son por la felicidad de la patria*".

Por eso Bolívar

Ahora podemos responder a las preguntas del comienzo de esta biografía: *¿Por qué se recuerda a Simón Bolívar? ¿Por qué estudiarlo? ¿Por qué conocerlo? ¿Para qué seguirlo?* Él es, sin duda, un modelo confiable para la juventud.

La grandeza de Bolívar está en que se mantiene como un erguido ejemplo de fidelidad incommovible a ideales supremos. Nadie lo ha sobrepasado

en su decisión categórica de darse al sacrificio por la patria, y de morir en el servicio a la libertad, la justicia y la democracia.

Los niños y los jóvenes de Venezuela y de toda América —que pronto serán hombres— van a imitar a Bolívar en el cumplimiento del deber. Él los inspira y los orienta. Él nunca eludió su responsabilidad; no tuvo miedo de comportarse correctamente, no cedió a ninguna presión que tendiera a desviarlo de su camino, y fue terco en desenvolverse siempre dentro de la virtud más rígida y severa.

La personalidad se construye desde la infancia a base de disciplina y orden. Bolívar fue un niño *normal, común y corriente*, como todos los niños y llegó a ser *un gran hombre*. Fue un hombre con programa, lo que sólo se puede decir de pocos hombres. Sabía lo que quería. Amaba a su pueblo; amaba a la humanidad. Se le recordará siempre por su altruismo, por su incansable actividad, por su lucidez mental, su inteligencia y su destreza para escribir con tanta precisión y elegancia. Fue un joven serio, de honor y de palabra.

Bolívar tuvo imperfecciones como todos los hombres. Bolívar *no era perfecto*. De haber sido perfecto Bolívar habría logrado todo cuanto se propuso, y sabemos que él no pudo realizar su plan íntegro de revolución, ni siquiera consiguió la mayor parte de sus aspiraciones. Justamente el mandato para los hombres de hoy y del mañana es completar la obra trunca de Bolívar, hacer todo aquello que a él le faltó hacer. Bolívar *cometió errores* y sufrió equivocaciones lamentables. Pero puede afirmarse que nunca erró intencionalmente, ni hizo daño a sabiendas ni se obstinó en el engaño. Él admitía que algunas veces pudo haber obrado mal y sin acierto, pero siempre procurando el bien. Lo grave no es equivocarse sino empecinarse en el error. Es siempre *honroso y justo rectificar cuando se debe rectificar*.

Otro héroe ejemplar de América, el *Apóstol Martí*, ha dicho que el único homenaje digno de los hombres extraordinarios, y a la vez el único grato a la memoria de ellos, es el de estudiar sus virtudes e imitarlas.

Eso haremos en adelante con Bolívar. Ahora que sabemos la razón por la cual una incomparable patria hermana se llama *Bolivia*, y por qué una *Universidad*, y un *Estado*, y muchos *distritos*, y muchas *ciudades* por América, y por qué *escuelas*, *liceos*, *colegios*, *hospitales*, etc., se llaman Bolívar. Ya podemos explicar a nuestros compañeros por qué una estrella entre el Sol y Júpiter fue bautizada con su nombre, y por cuál causa hay *una ópera*, *himnos*, *canciones*, *libros*, *folletos* y *artículos* dedicados a su gloria. Ya sabemos el motivo de la presencia constante de su efigie en nuestras manos, a través de *monedas*, *billetes* y *estampillas*. Estamos en capacidad de responder por qué hay numerosos monumentos y estatuas en recuerdo de su heroísmo y sus hazañas.

Simón Bolívar orienta a América en la búsqueda de los objetivos máximos que, hoy como ayer y siempre, son: La *Independencia*, es decir, la emancipación y la soberanía para resolver nosotros mismos y por nosotros mismos, sin interferencia ninguna —dentro de la más completa *Libertad*— lo que a nosotros plazca y nos convenga.

La *Igualdad* absoluta: sentirnos todos, y comportarnos todos como iguales, como hermanos: nadie inferior ni nadie superior. Tratarnos sin discriminaciones ni odios, sin diferencias ni privilegios.

La *Justicia* debe presidir nuestras acciones. La moral ha de ser firme, sin que por eso dejemos de ser alegres, cordiales, entusiastas y animosos. Los principios más justos y severos nos regirán siempre.

Repitamos que la *Unión* de nuestras patrias, dentro de una sólida fraternidad de naciones, nos importa mucho; y a esa aproximación creadora de pueblos tan identificados, y tan comunes en los rasgos esenciales de su fisonomía, contribuiremos todos muy sinceramente. La integración de nuestra América surge en el inmediato horizonte de nuestras obligaciones como un deber urgente y principal.

El oficio de *alfarero* es un oficio humilde, no fácil pero —como decía Bolívar— grande y glorioso. Es noble como el del panadero que,

también con sus manos, amasa la harina y fabrica alimentos para el cuerpo. Lo mismo que el oficio del maestro que con sus enseñanzas y consejos nutre el alma, con sus conocimientos arma nuestra mente. Si el alfarero es no sólo hábil y experto, sino un *hombre diáfano* —luminoso y recio como el diamante—, la obra producida por él habrá de reunir las excelencias de la calidad específica del artista con las de su elevada condición moral.

Bolívar fue un hombre transparente, claro como la luz. Optimista alfarero de naciones. Hizo patrias y pueblos, forjó ideas, dio lecciones de bien, creó repúblicas, abrió caminos al espíritu y señaló rumbos para el hombre.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-069-8

DEPÓSITO LEGAL

DC2022000219

CARACAS, VENEZUELA, MARZO DE 2022

La presente edición de

BOLÍVAR: UN HOMBRE DIÁFANO

fue publicada

durante el mes

de marzo de 2022,

ciclo bicentenario

de la Batalla de Carabobo

y de la Independencia

de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Bolívar: un hombre diáfano ¿Por qué se le recuerda tanto a Bolívar? ¿Quién fue? ¿Qué hizo y qué significa? Son las interrogantes que intenta responder José Luis Salcedo Bastardo en esta aproximación biográfica al Libertador de carácter divulgativo. A través de un estilo pedagógico y una ágil narración, estas páginas hacen un recorrido por las condiciones políticas, sociales y económicas de un periodo de la historia de Venezuela, que permite conocer las bases del pensamiento del héroe ejemplar de América.

Al autor le interesa especialmente la dimensión humana de Bolívar —con sus contradicciones y defectos—, además de su grandeza como uno de los conductores principales del pueblo venezolano hacia la independencia, cuando sus adversarios lo superaron las más de las veces en número y recursos materiales. Por consiguiente, es innegable su ejemplo para la juventud por defender a expensas de su vida los valores de la libertad, la justicia y la democracia. Salcedo Bastardo nos recuerda con esta obra que el mandato de hoy es completar la obra del Libertador: “La integración de nuestra América surge en el inmediato horizonte de nuestras obligaciones como un deber urgente y principal”.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

